

La Voz de la Esperanza
2do. Semestre 2006
El Soñador.

Lo llamaron el soñador, pero su nombre era José. ¿Cuál fue su apellido? Nunca lo tuvo. En aquel tiempo no se usaba. Tampoco lo tuvieron Abrahán, Isaac, Jacob, o más tarde Moisés, Aarón y otros. Se llamaba José. José a secas. Y fue el primero de los Josés de que se tenga memoria. Su vida fue realmente extraordinaria.

Su padre Jacob lo distinguía entre sus otros hijos. Es probable que fuese de un temperamento diferente al de los demás, y era el hijo de su vejez. Lo cierto es que era un verdadero apoyo para el anciano. A pesar de ser joven, su carácter recto rechazaba el frecuente mal proceder de sus hermanos mayores. Más de una vez había comunicado a su padre algunas de las cosas malas que aquellos hacían, con la esperanza de que se corrigieran. Por todo esto, su padre le tenía un cariño especial y, cosa que no debiera haber hecho, lo manifestaba ante sus otros hijos. Eso le acarreó el disgusto, las burlas y el desprecio de sus hermanos.

Así estaban las cosas cuando el joven cumplió 17 años (Génesis 37:2). Entonces, la situación empeoró cuando José dijo a sus hermanos que había

tenido un sueño. Así lo dice el Génesis: “Y él dijo: Oíd ahora este sueño que he soñado:

He aquí que atábamos manojos en medio del campo, y he aquí que mi manojito se levantaba, y estaba derecho, y que vuestros manojos estaban alrededor, y se inclinaban al mío. Y respondiéronle sus hermanos: ¿Has de reinar tú sobre nosotros, o te has de enseñorear sobre nosotros? Y le aborrecieron aún más a causa de sus sueños y de sus palabras” (Génesis 37:6-8).

Y en lugar de prestar atención a lo que José les decía, heridos en su orgullo y en su amor propio, endurecieron más sus corazones, llegando al punto en que les era muy difícil soportarlo.

Por fin, un día cuando sus hermanos estaban apacentando las ovejas en el valle de Siquén, su padre lo envió al lugar donde aquellos estaban para ver cómo iba todo. Después de un largo caminar, desde lejos divisó los rebaños y a sus hermanos.

Pero cuando éstos lo vieron llegar se agitó en sus corazones todo el resentimiento que le tenían. Dice el Génesis: ‘Y dijeron el uno al otro: He aquí viene el soñador; ahora pues, venid y matémoslo y echémosle en una cisterna, y diremos:

Alguna mala bestia le devoró: y veremos qué será de sus sueños” (Génesis 37:19, 20).

Estas palabras revelan los sentimientos que albergaban, pero entonces el mayor, Rubén, intervino. Conociendo la violencia de sus hermanos no se animó a oponerse abiertamente a lo que iban a hacer. Por el contrario, les sugirió que era mejor no derramar sangre, matándolo, y les aconsejó echarlo en una cisterna que estaba en el desierto. Su intención era, más tarde, ir y liberarlo de allí.

Cuando por fin José llegó hasta donde estaban sus hermanos, la acogida que recibió no fue amable, ni mucho menos. Le arrancaron la ropa, una túnica de colores que le había regalado su padre, y que tanto les molestaba, y, como lo aconsejó Rubén, lo arrojaron en una cisterna que no tenía agua, pero de la cual no podía salir por sí solo. Mientras algunos de los hermanos, Rubén entre ellos, se mantenían al cuidado de las ovejas, los otros se sentaron a comer y a descansar.

De pronto éstos vieron a lo lejos aproximarse una caravana de mercaderes ismaelitas que se dirigían a Egipto.

Entonces Judá dijo a los demás: “He aquí una oportunidad. No hay ninguna ventaja con la muerte de José. Mejor será que lo vendamos a estos ismaelitas y así nos deshacemos de él”. Cuando llegaron los mercaderes, los malvados hermanos les ofrecieron a José en venta y se cerró el trato por 20 piezas de plata: el precio promedio que se pagaba por un esclavo.

Amigo, amiga de La Voz, nosotros, seres libres que ponemos el grito en el cielo cada vez que una de nuestras prerrogativas o libertades se recorta aquí o allá, podemos imaginar cómo se sintió aquel muchacho de 17 años, arrastrado contra su voluntad a Egipto, sin derecho a quejarse, sin derecho a pedir nada, y cuyo valor tal vez era menor que el camello al cual iba atado.

Poco a poco, al paso lento de las bestias, la caravana fue alejándose de todo lo que había sido la vida de José hasta ese entonces. Esas horas y días fueron determinantes en su vida. Fue en esas circunstancias cuando todas las enseñanzas de su padre se hicieron carne en su corazón. Frente a esa terrible prueba surgió el gran José que conoce la historia.

La heroica resolución hecha entonces, lo condujo al éxito asombroso de su

vida. En cuántas ocasiones, frente a los problemas, nos decimos, “no vale la pena luchar”, “es inútil”, “las circunstancias son superiores a mis fuerzas”, etc. Pero José no permitió que las circunstancias lo ataran. Por el contrario, se ubicó a la altura de la necesidad. Hizo su decisión de ser fiel a Dios por encima de todas las cosas, y el resto de su vida dependió de la actitud asumida valientemente en aquel momento de crisis.

Amigo, amiga de La Voz, ¿lo haremos así nosotros también?

El soñador triunfante.

En otra ocasión hemos considerado la primera parte de la vida de José, “el soñador”, como lo llamaban sus hermanos. Hicimos referencia a la situación familiar y cómo aquellos, debido a la envidia que le tenían, lo vendieron a un grupo de mercaderes que iban a Egipto. En ese camino, José hizo una completa consagración de su vida a Dios y decidió que, cualesquiera fueran las circunstancias, siempre sería fiel al Todopoderoso y leal a las enseñanzas que había recibido de su padre.

Con esa decisión en su corazón llegó a la gran ciudad. Era la primera vez que veía una urbe como aquella, pues su vida hasta ese entonces se había deslizado en la soledad del valle donde vivía su familia. Los mercaderes que lo trajeron lo prepararon para la venta, de tal manera que produjera la mejor impresión en los posibles compradores, y así obtener el mayor beneficio posible. Y José fue vendido a Potifar, capitán de la guardia del Faraón. En la casa del militar comenzó su contacto directo con un mundo totalmente nuevo para él.

Allí se vio ante tentaciones completamente nuevas. Se enfrentó a la idolatría de la nación que se consideraba la más culta y civilizada de la época, y observó la manera en que adoraban a sus dioses falsos, rodeados de pompa y de riquezas. Pero José no se dejó engañar. Sus ojos veían bien y separaban lo falso de lo verdadero. Al comparar todo esto con las enseñanzas de su niñez, sintió que su fe en el único Dios crecía, y “no se avergonzó de la religión de sus padres” (Patriarcas y profetas, pág. 216).

Viviendo en casa de Potifar ocurrió un incidente que tuvo marcada influencia en su vida. Como dice Génesis 39:6, José “era de hermoso semblante y bella presencia”.

Eso bastó para que la esposa de Potifar tratara de seducirlo, a lo que el joven se resistió una y otra vez. Por fin, despechada y herida en su amor propio, aquella mujer lo acusó del pecado al cual él se había negado a prestarse.

¡Podemos imaginar con cuánta tristeza José escuchó las acusaciones? Le hubiera sido muy fácil aclarar su situación y demostrar su inocencia, pero eso hubiera significado tener que acusar a su acusadora. Su hidalguía no le permitía hacer tal cosa. Por otra parte, José comprendía la situación. Es indudable

que Potifar lo que trataba de hacer era salvar las apariencias. Y aunque pudo haber ordenado la muerte de José, no lo hizo. Se limitó a encarcelarlo.

La vida en la cárcel, sobre todo al principio, no le fue fácil. Dice el libro citado: “Pero el verdadero carácter de José resplandeció, aun en la oscuridad del calabozo. Mantuvo firmes su fe y su paciencia, aunque los años de su fiel servicio le habían sido recompensados de la manera más cruel; no obstante, esto no lo volvió sombrío ni desconfiado. Tenía la paz que emana de una inocencia consciente y confió su caso a Dios” (Id. pág 218, párr. 1).

Un día encontró a dos de sus compañeros de prisión muy preocupados. Ambos dijeron haber tenido un sueño. Uno de ellos, antes de ir a la cárcel había sido panadero del rey, y el otro, coopero del monarca. Eran personas nobles y habían ocupado cargos considerados muy honorables. Pero por motivos que no se mencionan, estaban en la cárcel. El panadero le contó a José su sueño, y éste le dio una honesta interpretación: al cabo de tres días sería condenado a muerte. Y la predicción se cumplió.

El coopero también le relató su sueño, y José le aseguró que sería

Reivindicado y que volvería a la casa del rey a ocupar su cargo anterior. Esto también se cumplió. Antes de que el coopero abandonara la cárcel, José le pidió: “Acuérdate, pues de mí cuando tuvieres ese bien y ruegote que uses conmigo de misericordia y haga mencion de mí a Faraón, y me saques de esta casa” (Génesis 40:14).

Dos años pasaron antes de que el coopero recordara el pedido de José. Faraón había visto en sueños siete vacas gordas y hermosas que subían del río y pacían en el prado. Y de esa misma dirección vinieron después siete vacas flacas, de mal aspecto, que devoraron a las siete vacas gordas. Soñó también que veía siete espigas llenas y hermosas que subían en una sola caña. Y que luego siete espigas menudas salían y devoraban a las anteriores. Como nadie pudo dar la interpretación, el coopero cantó, al rey su experiencia con José.

E rey ordenó que trajeran al joven. Cuando estuvo en su presencia, y se enteró de los sueños mencionados, José respondió interpretándolos según

se lo indicaba Dios. Habría siete años de abundancia en la tierra, y luego siete años de hambruna. Pero no sólo se limitó a dar la interpretación del sueño, sino que sugirió un plan para que Egipto se preparara para los años de hambre venideros. Faraón escuchó atentamente. Sin duda, la impresión que le produjo fue magnífica, pues dijo: “Ya que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú: Tú serás sobre mi casa, y por tu dicho se gobernará todo mi pueblo: solamente en el trono seré yo mayor que tú” (Génesis 41:39, 40).

Amigo, amiga de La Voz, imitemos a José y vivamos nuestra vida de acuerdo con la voluntad de Dios.

El hombre ante el dolor.

Entre los interrogantes que torturan sin piedad al ser humano

--preguntas que se levantan en la mente del hombre con tremenda insistencia--, hallamos estos u otros parecidos: ¿Por qué debo sufrir tanto? ¿Por qué me persigue el dolor? Y muchas veces nos preguntamos:

¿Tiene alguna solución? ¿Hay algo que pueda hacer para evitarlo, o por lo menos para reducirlo a una expresión menor? Sí que lo hay, porque en gran parte la solución de este penoso problema está en nuestras propias manos.

En primer lugar, debemos analizar con honradez el motivo por el cual sufrimos. Lo más común y lo más humano es que busquemos la explicación de nuestros sufrimientos en los demás y llegamos a la conclusión de que son los otros quienes provocan las condiciones que nos producen tanto dolor. Lo cierto es que, por lo general, la presunta ofensa de los demás nos hiere y nos estima en la misma proporción en que hayamos desarrollado nuestra susceptibilidad y nuestra capacidad de ofendernos. Se nos hiere en la medida en que damos lugar a la manifestación de nuestro amor propio. Y, naturalmente, en estas condiciones se sufre mucho.

En este caso, la cura de nuestro sufrimiento debe comenzar dentro de nosotros mismos. Debemos eliminar de nuestro carácter las cosas que hacen a nuestro amor propio sensible hasta la anormalidad y reconocer que nuestra actitud hacia nuestros semejantes se refleja sobre nosotros mismos.

Cuando pensamos que los demás están en contra, automáticamente, y a veces sin que lo deseemos y hasta sin que lo notemos, nuestra actitud hacia ellos está de acuerdo con el sentimiento que nos inspiran. Así se donde el problema. Entonces hay que proceder, con la ayuda de Dios, a la cura mental. Debemos hablar con franqueza, con tolerancia, con amor, con buena voluntad y con sinceridad con las personas con quienes tengamos dificultades. Si lo hacemos, nuestro estado de ánimo cambiará y veremos en su debida proporción las cosas que antes nos parecían enormes. Y nos sentiremos más cerca de Dios, más unidos a nuestros semejantes y más felices.

Sin embargo, hay otra clase de sufrimiento. Es aquel que nosotros no provocamos, aquel del

cual no nos cabe la total responsabilidad.

Ahí está Saulo de Tarso, conocido más tarde como el apóstol Pablo. Cuando sacrificando posición, familia, riquezas y poder se unió a la secta de los despreciados seguidores del Nazareno, se lanzó a un camino de sufrimiento y de dolor que lo condujo al martirio. Ahí está el antiguo ejemplo de Job, que perdió bienes, salud, familia y prestigio, y sufrió como nadie ha sufrido en la tierra. Y bien, la actitud de estos hombres frente a sus dolores, ¿no debiera sernos un motivo de inspiración cuando sufrimos los nuestros?

También nosotros sufrimos. A veces tenemos que afrontar el fracaso de nuestros mejores planes. A menudo tenemos que luchar contra la falta de recursos, la enfermedad o la infinita tristeza de la separación por la pérdida de un ser querido. Y volvemos a nuestra pregunta: ¿Cuál debe ser nuestra actitud frente al sufrimiento? En primer lugar, como Pablo, como Moisés, como Job y cómo todos aquellos que supieron sufrir, debemos aprender la profunda e incontrovertible verdad que encierran las palabras de Romanos

8:28: “Y sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien”.

Sí, amigo, amiga de La Voz, para quien ama a Dios, todas las cosas son para bien, aun las que duelen, aun el sufrimiento, aun las angustias de la vida. Eso debemos creerlo sinceramente. Muchas veces se ha dicho que el sufrimiento es un verdadero crisol que sirve para librar a nuestro carácter de los defectos, de la manera como el fuego libra al oro de la escoria. Templamos nuestro carácter, nos ayuda a eliminar nuestro orgullo, nuestro amor propio, nuestro egoísmo, que lo quiere todo para sí.

Una cosa que debemos aprender es a no quejarnos de nuestros sufrimientos. No perdamos el tiempo en compadecernos de nosotros mismos. El que así lo hace, revela falta de madurez. Por otra parte, la queja no es el remedio para el sufrimiento. Aceptemos nuestras cargas con espíritu digno, con humildad, sin rebeldías, y no caigamos en la debilidad de pensar que nosotros sufrimos más que los demás. Lo que ocurre es que a veces los demás no exhiben sus sufrimientos como nosotros lo hacemos. Saben sufrir, rodean su dolor de un ambiente de dignidad que lo aristocratiza. Decía el filósofo griego, Sócrates: “Si los infortunios de toda la humanidad se pusieran en un montón, y cada uno

tuviera que tomar una porción igual, la mayoría de la gente se conformaría con tomar sus infortunios propios y marcharse”.

Amigo, amiga de La Voz, no nos dejemos arrastrar por el desánimo, por el pesimismo, por la depresión. Seamos valientes frente a nuestros dolores, sabiendo “que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”.

La naturaleza moral del hombre.

Juan Jacobo Rousseau, el filósofo y moralista francés, sostenía la tesis de que el hombre nace bueno, pero la sociedad lo corrompe. Este concepto, en el que basa su obra "Emilio", es discutible. Al observar las tendencias del hombre nos vemos obligados a arribar a una conclusión muy distinta a la del francés. Por otra parte, la tesis de Rousseau no cuenta con el apoyo de la Sagradas Escrituras, que es la palabra final en todo lo que se refiere al hombre.

Según la Palabra de Dios, la naturaleza humana está minada por el pecado. El hombre nace con la fatídica herencia del mal y de las tendencias que lo empujan hacia todo lo que sea ajeno al bien, a la pureza y a la santidad. Y no es que Dios haya hecho al hombre con tal naturaleza. Al contrario, Dios lo hizo bueno. Pero él torció sus propios caminos al prestar oídos a la insinuación satánica, o como lo dice el sabio Salomón: "...Dios hizo al hombre recto, mas ellos buscaron muchas cuentas" (Eclesiastés 7:29).

Comprendemos que esta verdad no es muy grata. Nos gustaría más que se nos dijera que somos por naturaleza buenos y que hay en nosotros virtudes suficientes como para

sobreponemos a cualquier mal ambiente. Pero si somos honestos con nosotros mismos, hemos de afrontar la verdad tal como es, por amarga que sea, ya que sólo reconociendo nuestra condición, podremos reconocer nuestra necesidad.

Lo que dice el sabio Salomón, es una verdad que a menudo pasamos por alto. Dios creó a nuestros primeros padres y puso en ellos la suma de la perfección, física, mental y moralmente. Pero intervino el tentador y se produjo la desobediencia, haciéndose presentes en el mundo la discordia y el pecado.

Una vez rotos los lazos que los unían a quien los había creado, se realizó un cambio en su naturaleza moral. Un elemento nuevo y disolvente guiaba sus vidas en dirección contraria a la determinada por el Creador, comenzando la triste historia de la humanidad: la historia de sus guerras, sus extravíos, sus lutos, sus lágrimas, sus sombras, su abismo. La naturaleza pecaminosa del hombre fue dominando más y más a la humanidad hasta llevarla a la condición en que hoy se encuentra. Con cuánta razón, el apóstol Pablo dice, citando al salmista: "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios; todos se

apartaron, a una fueron hechos inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno" (Romanos 3:10-12).

Esa es nuestra situación, y cuanto más pronto lo reconozcamos, antes podremos salir de ella, gracias a Aquel que tiene interés en nuestra vida y en nuestra salvación. No, no hay justo ni siquiera uno. Tampoco lo somos ni tú ni yo. A veces podríamos creernos mejores que los demás, porque no incurrimos en los grandes crímenes, o los grandes pecados de los hombres. Pero eso no quiere decir que el pecado no esté en nosotros. ¡Cuántos delitos dejan de cometerse, no por falta de deseos de cometerlos, sino simplemente por falta de oportunidad! No nos creamos mejores que los demás.

No somos buenos; nuestra naturaleza nos empuja hacia lo malo, o --como lo decía el apóstol-- nos ocurre que, aún queriendo hacer el bien, no podemos realizarlo (Romanos 7:18). Y no conocemos ni siquiera nuestro propio corazón, que tantas veces nos engaña a nosotros mismos (Jeremías 17:9). Hay quienes afirman que si se seleccionan y se cultivan los rasgos

nobles del carácter, el hombre puede llegar a ser bueno. Esto es una utopía. Ya preguntaba el profeta hace muchos siglos: “Mudará el leopardo sus manchas? Así también podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal” (Jeremías 13:23).

Efectivamente, así como el leopardo no puede cambiar las manchas de su piel, tampoco podemos cambiar nosotros la naturaleza de nuestro carácter, valiéndonos sólo de nuestros propios y humanos recursos. Dependemos para ello enteramente de Dios.

Sólo él puede cambiar nuestra vida; sólo él puede transformar nuestro corazón. Y para hacerlo posible, Jesús vino a este mundo. Vino para redimirnos del pecado, para crucificar esta naturaleza nuestra, mala y pecaminosa, a fin de que mediante el milagro de la fe y de la gracia divina, pudiéramos volver a la primitiva situación que existía con anterioridad a la entrada del pecado a este mundo.

Gracias al Todopoderoso por el sacrificio de su Hijo amado en la cruz del Calvario. Gracias porque se nos ofrece una nueva vida en él. Pero para llegar a esta nueva existencia es necesario renacer. Así lo explicó Jesús a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere

de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (S. Juan 3:5).

Sí, amigo, amiga de La Voz, puedes ser bueno, pero no lo serás mediante tu propio esfuerzo, ni te hará bueno la sabiduría o el conocimiento, o cualquiera de las teorías de los hombres acerca de la moral. Sólo podrás serlo mediante Jesús. Ábrele las puertas de tu corazón. Serás fuerte en él. Vencerás en su nombre.

El egoísta

Pocas personas son más infelices que los egoístas. Estos viven continuamente atormentados, no tanto por lo que no tienen, sino por lo que tienen los demás. Sufren un verdadero infierno cuando carecen de cosas, o de privilegios, que en verdad para nada necesitan, pero que no pueden ver que otros los disfruten. No han descubierto la profunda verdad que hay en las palabras de Jesús: “Mas bienaventurada cosa es dar que recibir” (Hechos 20:35, ú.p.). Cuando el Señor estableció este principio, estaba sentando las bases del único poder capaz de hacer desaparecer del corazón humano el egoísmo, para dar lugar a la más amplia generosidad y a la más cristiana nobleza.

Un egoísta es un egocéntrico. Y aunque no lo confiese, siente que todo el mundo gira, o tiene que girar en torno a él. Quiere ser quien posea lo mejor en todas las cosas, y no tolera que otro tenga lo que no tiene él. Cuando alguien alcanza una posición más destacada que la suya, o cosas que él no puede obtener, siente hervir dentro de su corazón la hoguera

de la envidia, que arde y consume cualquier noble sentimiento. Esto ya era un problema en tiempos del rey Salomón, que hizo exclamar al sabio: “Visto he asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras mueve la envidia del hombre contra su prójimo” (Eclesiastés 4:4, p. p.).

El hecho de que éste sea un mal antiguo, no mejora la situación del egoísta y del envidioso moderno. Para el egoísta, sus opiniones son mejores que las de los demás. Su inteligencia es la más brillante. Y ¡ay! del que se atreva a dudar. Lo que él posee siempre es lo mejor. Y aunque esto parezca una simpleza, en su extravío llega a creer que hasta sus enfermedades son mejores enfermedades que las de los demás y que, por lo tanto, merece más consideración que nadie. Habla constantemente de ellas, las mima, y cree que todo el mundo tiene la obligación de mimarlas con él.

El mundo es él mismo. Fuera de su persona no hay nada que tenga importancia. El egoísta padece una constante preocupación porque se respeten sus derechos y se siente ofendido por cualquier nimiedad. Parece estar siempre en estado de permanente alerta contra su prójimo, y en todo suele ver desprecios, insultos y afrentas. Sospecha de los

motivos de los demás e imagina que quienes lo rodean están siempre conspirando contra él. De ahí que viva lleno de desconfianza y de pesimismo.

No comprende que la felicidad estriba, no en lo que se quiere, sino en lo que se tiene. Ignora que debemos olvidarnos de nosotros mismos, para interesarnos en los demás, porque cuando fijamos la vista en nuestra propia persona, y nos comparamos con nosotros mismos, perdemos el sentido de la proporción y nos magnificamos tan desmedidamente, que caemos en el terreno del absurdo. Y, naturalmente, cosechamos la antipatía de los demás hacia nosotros.

Por otra parte, mirarnos a nosotros mismos, confiar en nosotros mismos y jactarnos de nosotros mismos, significa hundirnos en un mar tan peligroso como en el que se hundió el apóstol Pedro al caminar sobre las aguas del mar de Tiberíades. Dejó de contemplar a Jesús, por cuya gracia podía realizar el milagro de caminar sobre el agua, y se contempló a sí mismo. Tal vez se comparó con los otros discípulos que no tenían semejante privilegio, y se creyó superior a ellos. Pero al mismo tiempo comenzó a hundirse en el mar, del que lo salvó, una

vez más, la infinita misericordia del Maestro.

También a nosotros puede salvarnos esa misma misericordia: de nosotros mismos y de nuestro propio egoísmo, al que llevamos dentro de nuestra vanidad.

Amigo, amiga de La Voz, dejemos de ser quisquillosos;

olvidemos nuestro exagerado amor propio y las heridas que sentimos que se nos hacen. No prestemos tanta atención a nuestra tan cacareada dignidad. Luchemos menos por nuestros pretendidos derechos y pensemos más en el amor propio de los otros. Respetemos la dignidad ajena y los derechos de quienes nos rodean. De esa forma estaremos adquiriendo para nosotros dignidad y derechos, a los que no podemos llegar por el tortuoso camino del egoísmo.

Leíamos, no hace mucho, el caso de cierta joven que contrajo matrimonio con la idea de que le pertenecían ciertos derechos que debía proteger con todo celo, e insistió en que su esposo los respetara a todo costo. El resultado fue inevitable. Se sintió hondamente decepcionada y su vida se convirtió muy pronto en un infierno.

Felizmente, tuvo un bebé y por primera vez en su vida aquella mujer se olvidó de sí misma. El nuevo ser absorbió toda su atención, sus intereses y sus preocupaciones, con el resultado de que su salud mejoró, desapareció su pesimismo, y las atenciones que antes había querido obtener a base de exigencias, le llegaron por un camino más natural.

Amigo, amiga de La Voz, repetimos el consejo: Olvidémonos de nosotros mismos. ¿Que es tarea difícil? Es verdad pero, para cumplirla, contamos con la ayuda del Todopoderoso, que puede suplir en nosotros todo lo que nos falte.

Su matrimonio en el taller de Dios.

El problema que solemos tener con los libros que nos aconsejan qué hacer para mejorar un matrimonio es que, muchas veces, no sabemos cómo poner en práctica esos buenos consejos. El consejo que recibimos puede ser el más adecuado, pero lo que necesitamos es algo más que una mera lista de “imposibles” por hacer. El éxito tiene menos que ver con las cosas buenas que debemos hacer, y más con los puntos positivos en los que podemos creer. Aunque sólo uno de los cónyuges descubra este secreto, muchas cosas positivas pueden ocurrir.

Quiero compartir con ustedes cinco verdades tan sólidas como una montaña de granito. Son buenas noticias que Dios tiene para su matrimonio. Al considerarlas no se le exigirá más de lo que permitan sus fuerzas, pero necesitará fortaleza para creer que son verdaderas. El Supremo Reparador trabajará por medio de su fe.

1. Dios está más interesado en la felicidad de nuestros matrimonios que nosotros mismos, porque él fue su inventor. Es decir, que está involucrado e implicado en nuestro éxito o en nuestro fracaso. Si resultara

Ser muy difícil para los seres humanos, ese fracaso se reflejaría en la reputación y sabiduría de su Autor.

Dios tiene una inversión en su matrimonio. Usted puede estar seguro que tiene a alguien trabajando 24 horas al día, siete días a la semana, para lograr la felicidad de su matrimonio. No menosprecie ni subestime lo que él está haciendo y puede hacer aún.

2. ¡Un cónyuge difícil puede cambiar! En muchos casos todo lo que Dios necesita es que uno de los cónyuges quiera que su matrimonio sea feliz y desee cooperar con él para asegurarse que algunos cambios se lleven a cabo. Los cambios en sí deberán ser el trabajo de Dios, porque cuando se trata de resolver problemas como éstos, las Sagradas Escrituras reconocen que somos “débiles” (Romanos 5:6).

Con el cónyuge terco o infiel en el cuadro, Dios ya tiene un alma contrariada con quien lidiar. Si usted le agrega su voluntad indispueta, pone un obstáculo infranqueable delante de Dios. Ni siquiera el cielo puede reparar un matrimonio donde ninguno de los dos está

dispuesto a permitir la ayuda divina. Pero si uno de los esposos reconoce el derecho y el poder que tiene Dios para sanar la situación, y cree, entonces el Señor está libre para hacer de su matrimonio su taller de trabajo.

3. Quizás ciertas actitudes y posturas que usted ha tomado han provocado a su cónyuge. Eso podría significar muy buenas noticias, pues las faltas que usted haya cometido, usted mismo puede corregirlas con la ayuda de Dios. ¿Puede estar seguro de que Dios no se atrasará ni un día para comenzar a ayudarlo! Reconocer esto es el primer paso hacia una solución.

4. Si hay esperanza para usted, hay esperanza también para su compañero o compañera, porque Dios hizo de ustedes dos una sola carne. El Diablo se especializa en confundir a las parejas con la mala noticia de que no fueron “hechos” el uno para el otro. Pero la Palabra de Dios dice, “...y los dos serán una sola carne” (S. Mateo 19:5). No es que los dos deberían ser uno, o sería ideal que los dos pudieran ser uno. Dice, “y los dos serán una sola carne”, hermosamente unidos.

Nunca diga, ni piense, que su cónyuge es una persona mala, o peor que usted, hasta que quede claro en su mente cómo es que ustedes llegaron a unirse.

A menos que le hayan apuntado con un revólver para que se casaran (cosa que parece improbable), ustedes se sintieron atraídos. Lo bueno es que esa atracción mutua, por sí misma, no es mala. Esa atracción mutua fue el método que Dios usó para unirlos. Fue “el que los hizo... varón y hembra los hizo” (S. Mateo 19:4).

¿No es factible, entonces, aceptar que lo que Dios comenzó también lo puede terminar felizmente? La conclusión es inevitable: así como un esposo puede dejar de ser terco por la gracia del Salvador, el otro también lo puede lograr. Esto es factible porque el mismo Dios los hizo y ahora ha hecho de dos, uno.

5. Crea que ese impulso de hacer o decir algo agradable a su compañero es el trabajo del Espíritu Santo. Hasta ahora he enfatizado la importancia de creer en principios buenos como fundamento para hacer lo bueno. Hacer y decir lo correcto es lo más importante. Nuestro interés está en aprender cómo lograrlo. ¿Cómo encontrar las ganas y energía para hacerlo? Cuando creemos en las promesas hechas por Dios para nosotros. Aunque sólo haya una porción pequeña de fe en su corazón, tan pequeña como un “grano de mostaza”, ésta le animará a hacer o decir algo

positivo --alabar a su esposo o esposa con palabras sinceras de aprecio, traerle un regalito inesperado, abrazarle sin razón, hacer con generosidad y sin quejas aquello que se resistía a hacer.

Amigo, amiga de La Voz. Dios quiere mejorar tu vida: tu matrimonio. El está de tu parte. Desea que triunfes. Créelo y recuerda que lo que Dios nos pide, él lo logra en nosotros. Déjalo, invítalo. Hazlo hoy.

¿Existe el diablo?

Hay quienes dicen que el Diablo no existe y que la idea del mismo tal como se lo conoce, es una simple invención humana, fruto de la ignorancia. Dicen que es absurda, una invención astuta que ha servido y sirve para atemorizar a los pusilánimes. Un destacado escritor contemporáneo, en su obra acerca de la historia del Diablo, el último capítulo lo tituló "Ya murió el Diablo". Afirma que éste fue una ficción inventada por la imaginación humana; una idea supersticiosa, heredada de tiempos pasados y que ahora, gracias a nuestra cultura y al adelanto de la civilización, finalmente ha muerto.

¿Que el Diablo ha muerto?
¿Que el instigador del mal es una simple idea, fruto de la superstición? ¿Que hoy, en este siglo XXI resulta absurdo creer que existe el Diablo? No, ni es absurdo, ni es una idea supersticiosa, ni el Diablo ha muerto. ¿Quién, sino él, ha sembrado en el corazón del hombre las semillas del odio y sigue soplando en el corazón del ser humano las brasas de la envidia y de la lujuria, que van empujándolo más y más hacia el abismo del pecado? ¿En quién sino en el Diablo se origina la enfermedad, que pese a cuanta droga maravillosa

se emplee, sigue llenando los hospitales y nutriendo los cementerios?

En el Diablo se originan todas las ideas turbias que el hombre tiene acerca de Dios. El sabe que da resultado deformar el concepto del Todopoderoso, provocando la tibieza espiritual o el fanatismo religioso, al que siempre sigue la intolerancia. Cualquiera de estos dos extremos son igualmente perniciosos, y conducen al mismo fin. Mientras exista el dolor y el sufrimiento acongoje la carne y el corazón del ser humano, tendremos sobradas evidencias de que el Diablo existe. El pecado que hoy nos azota con tanta o mayor violencia que en el pasado, ¿es ficticio o real? ¿Existía sólo cuando la ignorancia de la Edad Media llevaba a creer en el Diablo? No, existe también hoy, y sigue siendo el fruto tenebroso de las actividades del Diablo contra la raza humana.

En asunto de tanta importancia como éste, conviene que conozcamos lo que al respecto dicen las Sagradas Escrituras, que es, en resumidas cuentas, la única verdad en que podemos confiar. Después de referirse a la hermosura que originalmente poseía Lucifer, el profeta Ezequiel dice: "Tú, querubín grande, cubridor; yo te puse en el santo

monte de Dios, allí estuviste; en medio de piedras de fuego has andado. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tu contratación fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín cubridor. Enaltecióse tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor" (Ezequiel 28:14-17).

Obsérvese que Lucifer fue creado por Dios. Pero no fue creado tal como es ahora, o como fue después. Al principio era sabio y hermoso. Afirma el profeta que era perfecto. Y señala cuál fue su pecado. "Enaltecióse tu corazón a causa de tu hermosura". Dejó de contemplar a Dios, quien había hecho de él lo que era para contemplarse a sí mismo y admirarse de sus propios atributos. De esa manera el orgullo nació en su corazón. Su amor propio fue cobrando forma cada vez más definida, hasta que fue presa total de la iniquidad. El profeta Isaías, refiriéndose a lo mismo, dice: "¿Cómo

caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas las gentes. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo, en lo alto, junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del aquilón; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:12-14).

¿Por qué no lo destruyó Dios cuando se rebeló? No resulta fácil contestar esta pregunta porque, después de todo, no podemos nosotros, seres humanos y finitos, penetrar dentro de los motivos infinitos de Dios. Sin embargo, sabemos que Lucifer había acusado a Dios de tirano; de imponer leyes que no podían cumplirse. Y si Dios le hubiera destruido desde el mismo principio, al hacerlo, aparentemente le habría dado la razón a Satanás, y la duda acerca de Dios se hubiera esparcido entre los demás seres creados. De ahí que fuera mejor dejar que el verdadero carácter de Lucifer se revelara. Ahora está desenmascarado. Lo conocemos bien. En su Sagrado Libro, el Todopoderoso afirma que será destruido después que Jesús venga a esta tierra por segunda vez, a buscar a los que le hayan sido fieles.

El consejo del apóstol Santiago es: “Someteos pues a Dios, resistid al

Diablo, y de vosotros huirá” (Santiago 4:7). Y refiriéndose a Jesús, el apóstol Pablo dice: “Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18). Amigo, amiga de La Voz, confiemos en el Señor. Luchemos y venzamos en su nombre.

El amor revolucionario

En un momento de la historia, el mundo fue sacudido por un pequeño grupo de hombres de Palestina que se dedicaron a esparcir una noticia contenida en una sola palabra, no muy usada. La rescataron de los rincones ignotos del lenguaje de esos días, como si fuera una reliquia. La desempolvieron y le inyectaron un significado que hasta entonces la humanidad ni había soñado. Y luego se entregaron a la proclamación de una idea cuya hora había llegado.

En la ciudad griega de Tesalónica, habían enemigos de este vocablo que al oírlo se espantaron, y exclamaron: “Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá” (Hechos 17:6). Los dinámicos mensajeros eran Pablo y Silas.

La palabra que llevó a cabo esta hazaña es el vocablo griego, ágape. Significa “amor”, y así se lo traduce generalmente en el Nuevo Testamento. Pero su significado llegó a contener un poder espiritual capaz de transformar la mentalidad de la gente,

porque era una idea nueva acerca del amor que a ningún filósofo se le había ocurrido. Y por ser algo nuevo, tomó por sorpresa a todos, amigos y enemigos. Esta revelación expuso la psiquis humana en toda su desnudez. El que le daba la bienvenida a la nueva idea, se veía revestido de ágape. El amor, nuevamente definido, se convertía en parte de su ser. En cambio, el que cerraba el corazón a ese amor, se airaba al verse despojado de los supuestos ropajes de bondad que aseveraba tener y se convertía en enemigo acérrimo de la nueva fe.

Retroceder era imposible, porque ágape representaba una idea cuyo tiempo había llegado. Y las Buenas Nuevas para hoy nos dicen precisamente lo mismo: que nuevamente ha llegado la plenitud del tiempo. Y son muchos los que comienzan a apreciar la diferencia entre el amor humano y ese amor especial conocido como ágape.

Los antiguos griegos tenían un relato que ilustraba la idea más sublime que ellos habían desarrollado acerca del amor, pero no llegaba ni de cerca a ágape:

Admetus era un joven noble y bien parecido, con todas las cualidades personales de la excelencia. Enfermó de una dolencia que el oráculo de los dioses

declaró ser fatal, a menos que alguien quisiera morir en su lugar. “¿Quieres tú morir por Admetus?” preguntaban los amigos a los que encontraban. Todos decían: “Lo siento, es un muchacho excelente, pero no puedo morir por él”. Ni siquiera los padres lo hicieron. Finalmente, los amigos le preguntaron a la bella joven, Alcestis, que lo amaba entrañablemente (algunas versiones dicen que se trataba de su esposa), y ella respondió: “Sí, porque Admetus es tan bueno que el mundo lo necesita, de modo que yo estoy dispuesta a morir por él”.

Los griegos declararon: “¡Esto sí que es amor en su más elevada expresión! Alguien que está dispuesto a morir por una persona buena!” Pero los apóstoles dijeron: No, no es eso. “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. Sí, aun “siendo enemigos” (Romanos 5:7, 8, 10). Un mensaje como éste, o captura el corazón, o engendra violenta enemistad.

Nuestro amor humano natural descansa en la percepción de nuestra necesidad. De por sí es pobre y vacío, y requiere un objeto para enriquecer

su propia vida. El esposo ama a la esposa porque la necesita, y viceversa. Dos amigos se aman porque cada uno necesita al otro. Esta clase de amor es natural, y no es mala, pero no es ágape.

El ágape es en sí mismo infinitamente rico; no siente ninguna necesidad, excepto la de compartir. Los apóstoles dijeron que Dios no nos ama porque nos necesite, sino porque es ágape.

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Corintios 8:9).

Amigo, amiga de La Voz, aun en nuestros días, la idea de que el amor “no busca lo suyo” (1 Corintios 13:5) no deja de parecernos increíble. Hasta las iglesias parecen verse irresistiblemente atraídas a predicar que Dios vio oculto en nosotros algo de valor, y por eso nos “compró”, como quien aprovecha una ganga, una oferta especial.

Es un hecho que llegamos a parecernos a lo que adoramos, de modo que quienes adoran a un Dios así, también creen que la vida no es otra cosa que

la búsqueda de “ofertas especiales”. En otras palabras, quieren tener propiedades en el cielo. Y esa motivación egoísta es lo que los sigue llevando a la iglesia.

En cambio, cuando el ágape se abre paso en ese medio egocéntrico, sucede lo mismo que sucedió a su entrada en el mundo antiguo: transforma la vida, arrancándola de ese ambiente de egoísmo. Ahora servimos al Señor, guardamos sus mandamientos, no por obtener alguna valiosa adquisición para ventaja nuestra, ni aquí ni en el cielo. El ágape de Cristo ha capturado nuestros corazones y aprendemos a amar como él nos ha amado.

Vivir de verdad

En todo ser humano hay un profundo y arraigado deseo de vivir. Y así debe ser. Gracias a ello prosigue adelante a pesar de toda desventaja, de la oposición y de los fracasos. El deseo de vivir es una aspiración natural, y es uno de los sentimientos más fuertes en el ser humano, desde la cuna hasta la tumba. Apenas nace, se vale del llanto para reclamar su alimento. Y cuando va acercándose al fin de sus días se ase con desesperación a cualquier cosa, lógica o no lógica, razonable o no razonable, para postergar el momento de la partida. El caso es prolongar la vida cuanto se pueda.

Pero el hombre quiere para su vida no sólo largos y muchos días, sino que, además, aspira a vivir cada uno de ellos plenamente, felizmente. Y eso también es natural.

Sin embargo, a pesar de ese deseo que es en él algo así como un elevado instinto, ¡cuántos hay que, en realidad, no viven! No viven porque confunden vida con aturdimiento. Confunden marcha con carrera desatinada. Corren tras alucinaciones, falsos espejismos, o se dejan ganar por un materialismo que los fosiliza. Decía el escritor Constancio C. Vigil: “La vida anda ligera... Los días pasan al

galope, como corceles desbocados.

“Unos hombres no hacen más que apartarse y dejarlos pasar; otros, son tumbados y pisoteados. Los menos saltan sobre los corceles y asidos fuertemente de sus crines, llegan a la eternidad y vuelven a pasar a nuestro lado como centauros del tiempo”.

La vida suele ofrecernos algunas magníficas oportunidades. Si nos hallamos en estado de alerta para verlas y aprovecharlas, es decir, si saltamos sobre esos corceles desbocados de que habla Vigil, podremos penetrar dentro del hondo sentido de la existencia y haremos nuestros días más intensos, más llenos de significado, más útiles para el Todopoderoso, para nosotros mismos y para nuestro prójimo.

Pero muchas veces esos corceles pasan a nuestro lado sin que estemos listos para dar el salto y sin que hagamos ningún esfuerzo por convertirlos en cabalgaduras de nuestro propio destino bajo la advocación de Dios. Y hacemos como los demás, como el montón: nos lanzamos a la puja violenta movidos por el egoísmo. Nos lanzamos a esa loca carrera en la que parece que importa

más correr, que llegar a algún lado.

¡Cuántos, más que vivir, vegetan! ¡LOS días pasan sobre ellos sin dejar huella, sin hacer surcos donde la semilla podría germinar! De cuántas personas podría repetirse lo que decía Bernard Shaw, refiriéndose a alguien que conocía: “Murió a los 30 años de edad. Fue enterrado a los 60”.

Con frecuencia nos quejamos de que la vida es corta, de que se pasa como un suspiro. En realidad, la vida ¿es corta o es larga? Eso depende de nosotros. Depende de cómo empleemos cada uno de sus días. Séneca, el famoso filósofo griego, afirmaba: “Todos nos quejamos de lo breve de la vida; y sin embargo, tenemos más tiempo que acierto en saber emplearlo. Mucha parte de la vida se pasa en hacer mal, otra mayor en no hacer nada, y casi toda ella en hacer lo contrario de lo que debiéramos”.

¿Es la vida la lucha violenta mediante la cual tratamos de adquirir la mayor parte posible de posesiones materiales? El Señor Jesús contesta mediante las palabras que registra San Lucas, y dice: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (S. Lucas 12:15). Y en el Evangelio según San

Mateo, afirma primero y pregunta después: “No os congojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, y qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir: ¿no es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido? (5. Mateo 6:25).

Esta es una sabia pregunta que frecuentemente rehusamos escuchar. No queremos oír la amonestación que implica. Y en lugar de vivir sensatamente, esforzándonos hasta el límite razonable, nos lanzamos a esa vorágine de ambición que nos succiona con mucha más violencia de la que podemos resistir.

Seamos razonables y reconozcamos que tal vez nos hemos formado una filosofía o una manera personal de ver las cosas, creemos saberlo todo y cerramos los ojos a toda verdad que tememos pudiera demostrar que en realidad no estamos viviendo de verdad.

¿En qué consiste vivir?

En primer lugar, se vive cuando se está en paz con Dios, con uno mismo y con los demás. Se vive cuando la conciencia es un espejo inmaculado en el que podemos ver nuestra propia imagen tal como es. Se vive cuando se está libre de cargas que oprimen el corazón y deprimen la existencia. Se vive cuando tomados de la mano del Todopoderoso

marchamos hacia adelante, hacia arriba, hacia Dios.

Amigo, amiga de La Voz, decide hoy vivir de esa manera.

Saber esperar

La ciencia del vivir es muy difícil, y a medida que pasan los días parecería hacerse cada vez más compleja. De ahí que el vivir requiera mucha sabiduría, mucho tacto, mucho sentido común y, sobre todo, mucho sentido espiritual. Pero entre las cosas indispensables para vivir como se debe, hay una que merece nuestra especial atención. Se trata de la paciencia, de la virtud de saber esperar.

Refiriéndose a la actitud que debiera tener el cristiano, el apóstol Pablo escribió: “Por tanto nosotros también, teniendo en derredor nuestro una tan grande nube de testigos, dejando todo el peso del pecado que nos rodea, corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta” (Hebreos 12:1).

He aquí un consejo que nadie debiera olvidar: Debemos correr con paciencia la carrera que nos es propuesta. El camino de la vida está frente a nosotros y debemos recorrerlo. Pero será más grato, lo recorreremos en una extensión mayor, si la paciencia adorna nuestro carácter y regula nuestra actitud. ¡Cuán a menudo -- aún los que se dicen cristianos y creyentes-- obran con tanta impaciencia, que sobraría razón para dudar de que

creen en lo que dicen creer!

Sí, debemos saber esperar con paciencia, hasta alcanzar lo que deseamos alcanzar. Pero la nuestra no debe ser una espera de brazos cruzados. Debe ser activa. Debe ser una espera en la cual obremos con honrado tesón para crear la situación que esperamos. Más todavía, nuestra visión no debe limitarse al día en que vivimos, ni siquiera a lo que nos concierne a nosotros solos. En cierto modo nuestra espera debe tener un carácter universal, y hasta eterno.

Cuenta el profesor Aron, y lo cita Eduardo Caballero Calderón, que “cuando el Mariscal Lyautey trazaba en Rabat los planes de los jardines de la residencia, señaló cierta especie de árbol que convenía plantar para embellecer esos lugares. El jardinero le observó que tales árboles necesitaban dos o tres siglos para desarrollarse, a lo que el mariscal respondió: ‘Entonces no hay tiempo que perder. Tenemos que plantarlos ahora mismo’.

¿No es esta la actitud correcta? Con paciencia debemos sembrar no sólo para hoy, sino para mañana, aun si el beneficio de nuestra siembra y de nuestra paciencia no lo recogemos nosotros, sino que beneficiará a los demás. Con honrada persistencia

debemos mantener el arado hundido en la tierra para que se haga el surco generoso de la vida pródiga y cristiana. Sin el trabajo paciente de otras personas no tendríamos hoy ni arte, ni ciencia, ni comodidad. A nuestra vez sembremos con paciencia en beneficio de nuestros semejantes. Sí, hay que saber esperar y para ello la paciencia es absolutamente indispensable. Ante el trozo informe de mármol, el escultor sin paciencia no produciría nunca una obra digna de admiración. La paciencia le ayuda a perfeccionar hasta los más mínimos detalles y no abandona su obra hasta que la ha embellecido hasta el máximo. Debemos saber esperar el ascenso que creemos que merecemos, o el aumento de salario que tanto necesitamos, o la adquisición de algo que nos parece imprescindible. Recordemos que todo llegará a su tiempo. Hay cosas que no se arreglan en un día, ni siquiera cuando nosotros queremos que se arreglen. Dice Luís de Granada: “A los que tienen paciencia, las pérdidas se les convierten en ganancias, los trabajos

en merecimientos y las batallas en coronas”.

La paciencia es también indispensable para vivir cristianamente, para cumplir la voluntad de Dios. Ya lo decía el apóstol Pablo: “Porque la paciencia os es necesaria; para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa” (Hebreos 10:36).

Debemos hacer la voluntad de Dios, pero para hacerla necesitamos paciencia, porque es menester ser fuertes cuando otros son débiles, saber mantenerse serenos ante la incomprensión de los demás, y hasta ante el vituperio de quienes ignoran la hermosura de la fe. En esto, como en todas las cosas, Jesús nos da el ejemplo. Él también ha esperado y espera por nosotros.

La situación en que vive nuestra humanidad, de ninguna manera puede ser grata al Señor. Los sufrimientos de los seres humanos repercuten en el corazón de Dios, y él sufre más que nosotros. Sin embargo, permite que esta situación se prolongue con el único fin de que tantas personas como sea posible abandonen su vida pecaminosa y se alleguen a él.

Afirma el apóstol Pedro por inspiración divina: “El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; sino que es paciente para con nosotros,

no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

Amigo, amiga de La Voz, que Dios te ayude a poseer y a desarrollar la paciencia activa que te dará el éxito. Fíjate, con la ayuda de Dios, el blanco que deseas alcanzar en la vida, y luego marcha siempre adelante.

Una receta para el corazón adolorido.

No tenemos necesidad de recurrir a medidas artificiales o a la hipocresía para aliviar las cargas legítimas de tristeza ante las pérdidas que nos depara la existencia. Hay alivio a mano para todo el que sufre. Y para ayudarlo a encontrarlo, le ofrecemos once pasos, sencillos pero eficaces. Al darlos, usted podrá combatir con buen éxito la depresión causada por el sufrimiento.

1. Recuerde que Dios no ha muerto. Por el contrario, es nuestro mejor Amigo. Él dice en el libro del profeta Jeremías: ‘Yo sé los planes que tengo acerca de vosotros, planes de paz y no de mal, para daros un futuro y una esperanza’ (Jeremías 29:11 NRV). Créalo sin dudar.

2. En cuanto hacemos la elección de creer que tenemos un amigo tan poderoso, en nuestra senda ya comienza a brillar una lucecita. Dios tiene planes de traer prosperidad a nuestra vida. ¡Hay un futuro para nosotros! Un amigo es alguien con quien podemos conversar libremente sin temer que su respuesta sea hiriente o desconsiderada. En el versículo siguiente, él

nos hace esta promesa: “Entonces me invocarán, vendrán, orarán a mí, y yo os escucharé” (vers. 12).

3. Cuando llevamos una carga sobre nuestro corazón, no recarguemos el estómago. Si usted tiene el hábito de comer en exceso como una forma de apaciguar sus penas y su dolor emocional, deténgase. La alimentación excesiva enturbia la mente y no permite pensar con claridad. Y es precisamente ahora cuando debe mantener despejada su capacidad de razonar. Cuando Jesús debía afrontar las peores tentaciones, ayunaba.

4. No hay problema alguno que el licor no empeore. El vino y la cerveza son engañosos. “El que por ellos se desvía, no es sabio”, dice Proverbios 20:1. El estímulo que provee el alcohol es una ilusión. Actúa como un anestésico emocional que amortigua la capacidad de razonar. El problema perdura, sin solución, y sólo se agrava con la bebida.

5. Haga ejercicio. Cierta individuo presa de la depresión, ideó un plan para suicidarse en forma que no le trajera vergüenza ni desgracia a su familia: decidió correr hasta caerse muerto de un ataque cardíaco. Partió en su carrera mortal, pero cuando llegó al límite de sus fuerzas, ¡su corazón

todavía funcionaba! Y para su sorpresa, su depresión había desaparecido.

6. Ahora bien, de algún modo debe eliminarse la amargura interior. Hay quienes pagan por contárselo a un siquiatra. Otros cargan a sus familiares o amigos con sus deprimentes letanías. Pero hay una manera mejor de lograr este objetivo, y es contárselas a nuestro Amigo celestial. “Cuando tú ores, entra en tu aposento, cierra tu puerta, y ora a tu Padre que está en secreto. Y tu Padre que ve en secreto, te recompensará” (S. Mateo 6:6). Dios nunca traicionará sus confidencias.

7. Si su problema es “la gente”, le convendrá analizar su propio carácter así como su conducta, para determinar si no albergan defectos que estén provocando las dificultades. ¿Por qué acusar a otros cuando el problema podría deberse a sus propios errores?

8. Haga la solemne decisión de permitir que el Señor le ayude a corregir sus deficiencias. Supongamos que usted perdió un trabajo por ser incompetente o indigno de confianza. Si se deja arrastrar por la amargura o el cinismo, perderá toda esperanza de gozar del futuro que Dios le ha prometido. Reconozca

que los errores y los fracasos pueden ser peldaños hacia el éxito. Lo que necesitamos es confianza en que el bien ha de triunfar. ¡Créalo! Nunca intente ser apreciado en más de lo que usted vale, porque eso es robar, y constituye la raíz de la corrupción.

9. Cultive el amor por la educación, no desde un punto de vista meramente utilitario, por el dinero, sino por la satisfacción intelectual que provee la investigación. Lea buenos libros, aproveche las bibliotecas públicas. Si goza de buena salud, es imposible que las circunstancias le impidan a su mente hambrienta encontrar alimento. Como resultado, crecerá su autoestima.

10. Lea la Biblia, que es el mejor de todos los libros. Sus páginas están llenas de expresiones animadoras y de buenos consejos: Los salmos, los proverbios de Salomón, los evangelios, las cartas que escribió Pablo, llenas de amor, las profecías de Daniel y el Apocalipsis, que infunden esperanza, los relatos de las pruebas por las que pasaron Abrahán, Jacob y José.

11. Ayude a otras personas. Aligere la

carga de un semejante. Cuando los enemigos de José lo arrojaron en prisión, el joven hebreo se negó a entregarse a la autocompasión. En cambio, buscó a otros prisioneros para ayudarles y dirigirles palabras de ánimo. Esta actitud de abnegación provocó eventualmente su libertad, y lo elevó al trono de Egipto, que era el “futuro” que se le había prometido en sus sueños juveniles. Amigo, amiga de La Voz, el amor de Cristo es la llave que le abre su prisión actual; que le concede el futuro brillante que anhela su alma. Deje que Dios le lleve hasta el fondo de su amor.

Vanidad de vanidades

¿Qué es la vanidad?

“Vano

—Ha dicho alguien— quiere decir vacío. Así, ¿puede decir cosa peor que su nombre? Ella misma se da por lo que es”. Este mismo pensamiento lo hallamos registrado desde hace muchos años en el libro de Job, con estas palabras: “No confíe el iluso en la vanidad; porque ella será su recompensa” (Job 15:31). Así es, amigo, amiga de La

Voz. Quien confía en la vanidad, no debe buscar su recompensa sino en la misma vanidad, y como ésta es nada, como es vacío, como es inútil cascarón que nada contiene, su recompensa será como una de esas pompas de jabón que el niño cree poder atrapar en sus manos y que en cuanto la toca se deshace.

La vanidad lleva al ser humano a creer que está por encima de su propia y verdadera capacidad. Le hace suponer que sus méritos son superiores a los que realmente son y así, en ese ambiente de hinchazón y vacío, termina, usando las palabras del profeta Jeremías:

“Incensando a la vanidad” (Jeremías 18:15).

La persona yana cree que todo el mundo se extasia ante ella; lo que ocurre es que está haciendo el ridículo.

Se dice que el conocido músico Offenbach viajaba por el río. La embarcación en que iba ancló en el puerto de una pequeña ciudad, y el músico descendió al muelle con actitud de persona importante, al escuchar que una banda ejecutaba un trozo de una de sus obras. La vanidad de este hombre se sintió muy halagada cuando vio que la multitud aclamaba. Pero pronto comprendió su error. La música no era para él, ni eran para él los aplausos de la muchedumbre, sino para el teniente gobernador de Wiesbaden que viajaba en la misma embarcación.

La vanidad es incompatible con el cristianismo. Lo que el Señor Jesucristo nos enseñó es humildad y sencillez. El Maestro enseñó que ninguno debe pensar de sí más elevadamente de lo que debe pensar. Al fin y al cabo, él es el que da y el que quita, y cuando nosotros tratamos de andar en nuestro propio camino, sin Dios, sólo hallamos dolor y sufrimiento.

Volviendo a Salomón, dice en Eclesiastés: “Y di mi corazón a inquirir y buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso trabajo dio

Dios a los hijos de los hombres, en que se ocupen. Yo miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu” (Eclesiastés 1:13, 14).

Y agrega: “Y di mi corazón a conocer la sabiduría, y también a entender las locuras y los desvaríos: conocí que aún esto era aflicción de espíritu. Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor” (Eclesiastés 1:17, 18).

Por lo que se ve, cuando en la actualidad decimos que el conocimiento y la ciencia de que tanto se jacta nuestro presuntuoso siglo XXI, no ha hecho más que añadir angustias a las que ya tenía la humanidad, puesto que esa ciencia se usa en primer término para la destrucción y para la guerra, no estamos diciendo ninguna cosa nueva.

Salomón sabía eso hace muchísimos siglos. Cuando la ciencia se desentiende de Dios, cuando el conocimiento humano toma por atajos y vericuetos siguiendo su propio impulso, entonces se cumplen las palabras del sabio citadas anteriormente, y que dicen: “Quien añade ciencia, añade dolor”.

Y he aquí otra afirmación sorprendente de Salomón: “Dije yo en mi corazón:

Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes. Mas he aquí esto también era vanidad. A la risa dije: Enloqueces: y al placer: ¿De qué sirve esto?” (Eclesiastés 2:1, 2).

La alegría es indispensable para la vida y quien no la experimente, quien mantenga su espíritu siempre nublado, ignorará lo que es vivir de verdad. Pero cuando el placer se busca en ambientes que el Señor de ninguna manera podría aprobar, cuando la nuestra es la alegría de la vanidad, cuando carece de fondo y de solidez, cuando es fruto del pecado, deja en nosotros un sedimento de disconformidad y de tristeza. Cuando la alegría se obtiene a base del sacrificio de la conciencia, entonces razón tiene el sabio Salomón para preguntar: “¿De qué sirve esto?” Por eso debemos buscar nuestra alegría en las fuentes puras del cristianismo y de la espiritualidad.

¡Cuánta verdad encierra el proverbio turco que dice: “Una onza de vanidad deteriora un quintal de mérito”. Seamos razonables y juiciosos.

Que Dios nos ayude, amigo, amiga de La Voz, a alejar la vanidad de todos los aspectos de nuestra vida. Que no exista en nuestros pensamientos, ni en nuestras alegrías, ni en nuestros propósitos, ni en nuestras palabras. Que nuestra fe, como el Señor

Jesús lo quiso, sea íntegra y sólida, saturada de bien y de humildad.

Si sólo las esposas supieran...

Sin duda que muchos de los caballeros han pensado alguna vez:

“Si tan sólo mi esposa supiera cómo me siento cuando ella hace o dice ciertas cosas. A lo que alguna podría agregar: “Y si quiere que lo sepa, ¿por qué no lo dice?”

Pero en la relación matrimonial, las cosas no son tan simples. Con frecuencia el varón, en sus intentos de comunicarse, se ve bloqueado por ciertas realidades biológicas, corrientes emocionales interiores, y aun la influencia de las circunstancias. En la expresión verbal, la mujer le lleva ventaja, porque su cerebro es ágil en la tarea de armar frases y usar el vocabulario. Además, tiende a reflejar sus percepciones emocionales en grado mayor que el varón. Por esta razón, es muy fácil que el esposo juzgue mal las intenciones que tuvo su esposa al decir algo.

Emociones y sentimientos son parte legítima y necesaria de nuestra vida interior. Pero por su naturaleza variable, no son guías seguros de nuestra conducta. Las marejadas emocionales suben y bajan, las corrientes de nuestras emociones son a veces fuertes y corren profundas; otras, son débiles y superficiales. A

veces frías, otras cálidas, son como el mar. Nada que flote en ese oleaje se mantiene fijo. Y los esposos no siempre han desarrollado la facultad de juzgar el ritmo de las olas. Supongamos que un esposo vuelve un día de su trabajo, y su esposa, al verlo, le grita: ‘¡YO ya no soporto más esta situación! Y tú no haces nada por solucionarla!’”

La cara de enojo, los ademanes agitados, los ojos desorbitados, hace pensar que la esposa está por irse de la casa y pedir el divorcio. La respuesta instintiva del varón, determinada por su perfil hormonal, es prepararse para la lucha, y contraatacar mientras todavía tiene oportunidad. Herido en su orgullo, no se acuerda de que valdría la pena hacer algunas preguntas antes de reaccionar. Por lo tanto, responde, con voz también airada: “¡Pues si quieres irte, ahí está la puerta!” Y el escenario queda listo para una batalla campal, que bien podría culminar en un rompimiento definitivo.

Pero la causa de la frustración de la esposa no tenía nada que ver con su relación matrimonial. La llave del agua que ella usaba para regar el jardín no funcionaba. Por semanas había tenido que acarrear con baldes el agua de la llave ubicada junto a la entrada principal de la

casa. Le había pedido al esposo varias veces que la arreglara, sin resultados. Hoy, día caluroso de verano, ese acarreo le había resultado especialmente molesto, le colmó la medida y la llevó a estallar en demostraciones de impaciencia a la llegada de su esposo.

El problema, visto en forma objetiva, era de importancia relativamente pequeña. Pero las emociones de la esposa, el disgusto del pesado balde y el recuerdo de la indiferencia aparente del esposo, la hicieron reaccionar como si el problema fuera algo de vida o muerte.

Esto nos lleva a un secreto que quizás los hombres no queremos compartir con nuestras esposas, pero que es necesario que lo sepan. Lo expresaremos así:

“Querida, quiero que sepas cuán fácilmente nos transmites, a mí y a tus hijos, tus estados emocionales. No tengo defensa contra el impacto de esas descargas. Tu sonrisa de amor y aprobación es el pan que nutre nuestro espíritu. Tu paciencia y sacrificio diarios, son el incienso de grato aroma que perfuma el ambiente del hogar. Tu sabiduría, tu juicio claro

misericordioso, son la luz de nuestras almas”.

Amigas mías, la esposa y madre es la generadora de las corrientes emocionales que se manifiestan en la relación familiar. Desde antes de su nacimiento, los hijos están íntimamente vinculados con su madre. En su regazo aprenden a reír, a gozar y a llorar. Cuando la madre ríe, la criatura ríe con ella. Cuando el rostro de su madre está serio, la carita del bebé se ensombrece. Los hijos son un espejo fiel de las emociones de la madre.

El esposo, no por ser adulto logra independizarse del todo de este hechizo maternal. La esposa, por ser mujer, nunca deja de tener algo de madre a ojos de su esposo. Por eso, sus emociones resuenan poderosamente en el corazón de su compañero. De ahí que a los mensajes que ya hemos visto, hay que añadir éste: “Amor mío, cultiva tu dominio propio”.

Cultivando el dominio propio, en la vida de la esposa y madre se pueden cumplir los exaltados propósitos del Dios que le dio el ser.

El dominio propio es la fuente de la paciencia, esa virtud tan indispensable en madres y maestras, y también de la madurez emocional. Dios, el Autor de la maternidad, no deja a la mujer librada a sus propios medios. Su Santo

Espíritu está dispuesto a generar sus frutos en el corazón de cualquiera que se entregue a él. Según el apóstol Pablo, en Gálatas 5:22 (NRV), el fruto del Espíritu es “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio”.

El desarrollo del dominio propio no es tarea imposible. Es el privilegio de quien confía en el poder divino obrando en su corazón.

Si solo los esposos supieran...

Cierta vez una esposa le decía a su consejera: ‘Lo que más me molesta de mi esposo es que él no parece darse cuenta de que existo. Nunca conversamos de nada que tenga que ver con sentimientos, o con nuestra relación personal. Ni siquiera me da las gracias por lo que hago por él. No reconoce mis necesidades emocionales, ni me da ninguna muestra de cariño. A veces me dan deseos de dejarlo, de irme a vivir sola. ¿Para qué me sirve la compañía de un hombre que no me valora en nada?’

Pregunta dolorosa, por cierto, y hasta un tanto cruel. Pero sea como fuere, todos debemos concordar en que este interrogante tiene una profunda y urgente validez. Y hay millones de mujeres que se hacen eco de dichos sentimientos.

Con demasiada frecuencia, los varones no escuchamos a nuestras esposas. Preferimos no intentar comprender sus estados anímicos, porque tememos que éstos impliquen una crítica de nuestra conducta o actitud como esposos. Frente a la mujer, el ego

masculino es una entidad sumamente frágil. Se irrita, se agrieta y se derrumba con alarmante facilidad. Ante las demandas de la esposa, el varón se ve nuevamente expuesto a la mirada crítica o el dedo amenazador de su madre. Su impulso habitual es preservar su autonomía y negarle a su esposa (madre simbólica) cualquier grado de control de su conducta, especialmente en el terreno emocional.

La vida, sin embargo, procede con ritmos propios que respetan las realidades individuales de todos. Y si el varón persiste en su negativa a escuchar las opiniones de su esposa, estará dando paso a un problema mucho peor para el futuro. Porque si no escuchamos las palabras de nuestra compañera, sin duda llegará el día cuando nos hable, no con palabras, sino con hechos. ¿Y a quién le hace falta una crisis tal en su matrimonio?

Si nuestras esposas tuvieran ocasión de expresarse libremente en cuanto a sus preferencias y sus necesidades, ¿qué nos dirían? Si tú, amigo lector, le preguntaras a tu esposa: “¿Cómo puedo comprenderte mejor?” ¿Cuál sería su respuesta?

Es un hecho que cada relación conyugal lleva el sello de la individualidad de sus componentes.

Ninguna pareja es exactamente igual a otra. Pero también es cierto que hay temas que son comunes en casi todos los matrimonios. Veamos algunas de las cosas que muchas esposas quisieran decir, pero no se atreven a expresar. Sin duda, uno de los principales mensajes sería éste:

“Amor mío, valórame, hazme sentirme digna de aprecio”.

La mujer, por su origen y por su cuadro psicológico y afectivo, deriva su auto imagen en gran medida del concepto que el varón tiene de ella. Si el esposo le expresa su aprecio por su papel de esposa, madre y ama de casa, ella se siente útil, realizada. Si el esposo le agradece por sus atenciones, por el cumplimiento de sus deberes cotidianos, la esposa se siente segura de sí misma. Considera que está teniendo éxito como reina del hogar.

En un sentido muy real, ella vive a través del esposo. El es su punto de referencia, su contacto con el mundo exterior, y su fuente de seguridad. Si él la aprueba, ella se aprueba a sí misma. Si no es así, se siente insegura, y hasta deprimida.

Por eso, escuchemos este otro mensaje del corazón femenino:

“Amado mío, no olvides que todo lo que captan mis sentidos lo filtro a través de mis emociones. Así he

sido creada, con la capacidad suprema de amaros, a ti y a mis hijos, encarnaciones de nuestra unión”.

Por lo tanto, el varón que olvida esta realidad de la mente femenina puede, aun sin proponérselo, herir fácilmente los sentimientos de su esposa. Entre varones tendemos a ser fríos y objetivos en nuestra comunicación. Vamos a “los hechos”, y nos sentimos libres de expresar nuestras conclusiones o preferencias, porque tendemos a ser impersonales en nuestra elección de temas de conversación.

La mujer, en cambio, se aburre con los temas impersonales. Para ella, todo tiene un ángulo personal. Si alguien dice: “No me gusta el color amarillo”, la mujer pasa revista a lo que lleva puesto, para ver si el que habló no estaba tratando de criticarle su gusto en el vestir. Por eso, en la relación conyugal es fácil que el varón diga algo que a su esposa le parece un ataque personal. Si dice: “Este pan te salió más duro que la otra vez”, la esposa se siente personalmente criticada, aunque el esposo no haya tenido esa intención. Debemos

siempre temperar nuestras palabras, gestos y actitudes, para no herir los sentimientos de nuestra esposa.

Por otra parte, no olvidemos la otra cara de esta moneda. No sólo debemos abstenemos de herir las sensibilidades emocionales de la mujer que amamos, sino también cultivar el arte de halagar y estimular sus sentimientos. Los aniversarios y cumpleaños, las demostraciones de afecto genuino, la buena voluntad de ayudarle a llevar sus cargas, la comprensión de sus estados anímicos sin que ella tenga que expresarlos, contribuyen a rodear a nuestra esposa de una atmósfera de amor y seguridad emocional que contribuirá a hacerla feliz. Amigo lector, que Dios te dé oídos agudos y corazón dispuesto para escuchar los anhelos íntimos del corazón de tu amada, y actuar así en armonía con los dictados del amor.

De más valor que el oro

Cuando ocurrió el incidente que vamos a relatar, el Señor Jesús acababa de sentar un gran principio de educación, que la pedagogía descubriría muchos siglos después. Se refería a la importancia de los niños, al lugar prominente que debe dárseles y a la atención que merecen. El Maestro dijo: “Dejad los niños, y no los impidáis de venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos” (S. Mateo 19:14).

Cuando se alejó de ese lugar, “Entonces, uno se llegó y le dijo:

Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Y él le dijo:

¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno sino uno, es a saber, Dios. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Dísele: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás, No adulterarás, No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. . . Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Y oyendo el mancebo esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (S. Mateo 19:16-22).

Obsérvese la pregunta que hizo aquel joven: ¿Qué bien haré para ser salvo?”

Sin duda aspiraba a la salvación, pero quería llegar a ella siguiendo sus propios caminos y sin afectar lo que él consideraba de más importancia en su vida. Pero no se trataba de lo que él pudiera hacer. La salvación no se compra. Es un don gratuito del Señor, al que se llega por el camino de la fe y de la aceptación del sacrificio de la cruz.

El Maestro pareció pasar por alto ese aspecto de la pregunta del joven, y le señaló que debía guardar los mandamientos. Esto constituyó una sorpresa para el muchacho que, algo desorientado, creyendo que el Maestro imponía nuevas leyes, preguntó: “¿Cuáles mandamientos he de guardar?” Pero Jesús lo condujo a los mandamientos que el joven conocía bien: al Decálogo, a la ley de Dios. Entonces, muy satisfecho dijo: “Todo esto guardé desde mi juventud: ¿qué más me falta?”

Esto casi equivalía a decir: No tengo nada más que hacer, ya merezco la salvación. Pero el Maestro, que leía hasta el fondo del corazón, sabía muy bien que la riqueza había llegado a constituir para aquel joven lo primero en su vida. Jesús vio que el primer lugar en

su corazón no lo tenía Dios, sino el dinero. Por lo tanto le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme”.

Pobre joven! Aquello era demasiado para él y, puesto en el dilema de elegir entre su riqueza y su salvación, se quedó con la riqueza. De esa manera sacrificó su esperanza eterna.

Cuenta Juan Ruskin que, en cierta ocasión, el barco en que viajaba, naufragó. La playa no estaba lejos, y todos se tiraron al agua y comenzaron a nadar hacia la orilla, o hacia donde pudieran encontrar un bote que los recogiera. Entre los demás, se arrojó al mar un hombre con quien Ruskin había conversado varias veces durante el viaje y que llevaba un pesadísimo cinturón cargado de monedas de oro, del que no se quiso desprender, sino que lo apretó más contra su cuerpo. Al caer al agua, trató de nadar hasta un madero que flotaba cerca, pero el cinturón pesaba demasiado. Llevaba en él todo su tesoro material, y con él se fue al fondo del mar.

Podría decirse que, en realidad, aquel hombre no poseía dinero; mas bien el dinero lo poseía a él. Así suele ocurrir, a veces, en el terreno espiritual. Sacrificamos lo mejor, la salvación ofrecida por el

Señor, a cambio de unas pocas cosas materiales, que después de todo, no podemos llevar a la otra vida, y aun en ésta nos producen más sinsabores que satisfacciones.

El cristianismo, después de todo, es renunciamiento. Uno de sus ejes sería esa expresión del apóstol Pablo que dice: “más bienaventurada cosa es dar que recibir” (Hechos 20:35).

¿Por qué correr tras las cosas materiales si cuando dejamos esta vida nada podemos llevarnos?

En una gran ciudad, en el norte del Continente Americano, ocurrió un caso interesantísimo. Una joven de veinte años de edad, “hija de un millonario, fue autorizada por su padre para que durante veinticuatro horas diese rienda suelta a sus caprichos, sin detenerse en la suma que podrían costar. La joven aprovechó la ocasión para tomar un automóvil y desaparecer. Se la buscó, y todo resultó inútil, hasta que, cierto día, una persona que conocía a la fugitiva la descubrió en un hotel, en circunstancias en que la joven limpiaba los vidrios de las ventanas del edificio. De inmediato puso la noticia en conocimiento de los padres. Cuando éstos la invitaron a volver a casa, la joven contestó: por primera vez en mi vida me ocupó en algo útil y soy

feliz. Me quedo en el hotel’.

Amigo, amiga de La Voz, alguien ha dicho que, en esta tierra, a todo ser humano se lo puede comprar; que todo es cuestión de precio. No lo creas. Tú vales más para Jesús que todo el oro del mundo. Dale hoy mismo tu corazón.

Somos lo que pensamos

Muy pocas veces nos detenemos a pensar en la importancia que tienen nuestras ideas y pensamientos; por lo tanto, subestimamos la influencia que ejercen sobre nuestra vida. El hecho es que nuestros sentimientos, nuestra actitud para con la vida y para con las personas que nos rodean, nuestras obras todas, están determinadas, en primer término, por la naturaleza de nuestros pensamientos. De ahí que hace muchos años dijera el sabio Salomón: “Porque cual es su pensamiento en su alma, tal es él” (Proverbios 23:7).

Tomando en cuenta esta gran verdad, llegamos a la conclusión de que entre cuantos contienen las Sagradas Escrituras, pocos son los consejos que superan en importancia al del apóstol Pablo, que dice:

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si alguna alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8).

Estas palabras son algo así como la norma suprema de la higiene mental. Somos lo que pensamos. Por lo tanto, para ser honestos, debemos pensar en cosas honestas, para ser justos, debemos meditar en lo

justo, Quien quiera ser puro, mantenga pensamientos puros. Será amable sólo quien lo sea también en sus pensamientos. En fin, para que nuestra vida posea los mejores atributos, debemos pensar, como dice el apóstol, en todo lo que sea virtuoso.

Hay muchas personas que por nada del mundo harían el esfuerzo de pensar o de luchar contra cualquier tendencia liviana de la mente. Es más fácil dejarse llevar por cualquier corriente de ideas que no exigir esfuerzo. Pero como dice a la entrada de la que fue la biblioteca privada de Andrés Carnegie: “El que no puede pensar, es un insensato, el que no quiere pensar, es un intolerante lleno de prejuicios, el que no se atreve a pensar, es un esclavo”.

No temamos pensar, aunque el hacerlo requiera un esfuerzo de nuestra parte. Emerson dijo que “la llave que le abre al hombre todas las puertas del mundo es el pensamiento”. Pero para que éste produzca una función saludable en nuestro corazón y en nuestra vida, recordemos el consejo del apóstol Pablo, y no demos cabida en nuestra mente a nada que no merezca alguna alabanza, porque somos lo que pensamos. Para protegernos de las tormentas de nuestra vida

y de nuestro pensamiento, busquemos la ayuda del único que, en realidad, puede prestárnosla.

Ahora bien, uno de los vicios del pensamiento contra el cual debemos proteger nuestra mente es la debilidad de pensar mal del prójimo. Quien piensa y habla mal de los demás, lo hace con el deseo confesado o no confesado de demostrarse superior a la persona a quien critica. Cuánta sabiduría habría, no solamente en no hablar lo que no se debe de los demás, aun creyendo tener razón para hacerlo, sino más todavía en no pensar mal de los demás. Es mucho mejor seguir el consejo del profeta, que dice: “y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo” (Zacarías 8:17).

¿No es esta la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo? ¿No es esto lo que de verdad mantiene nuestra mente y nuestro corazón libres de prejuicios contra los demás? ¿No es esto lo que nos da verdadera tranquilidad de espíritu? La persona que no controla sus pensamientos es indigna de confianza, porque su corazón es engañoso. Así lo dice el sabio Salomón: “Engaño hay en el corazón de los que

piensan mal; mas alegría en el de los que piensan bien” (Proverbios 12:20).

¿No es éste uno de los grandes secretos de la tranquilidad y de la paz? Quien quiera conservar su alegría, es decir, su tranquilidad de espíritu, la paz de su corazón, piense bien de su prójimo. ¿Que a veces los demás dan motivos para que se piense mal de ellos? No importa. Sigamos pensando bien. Eso es cristianismo. Pesemos bien y obremos bien, porque, como dijimos, las obras son el fiel reflejo de los pensamientos.

Hay, todavía, otro rumbo vicioso del pensamiento contra el cual debemos estar prevenidos. Es el que señala el apóstol Pablo cuando dice: “Digo pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con templanza, conforme a la medida de la fe que Dios repartió a cada uno” (Romanos 12:3).

Debemos pensar con templanza acerca de nosotros mismos. No debemos creernos superiores a los demás, ni considerar que los demás son incapaces e inferiores frente a nuestra capacidad y a nuestra sabiduría porque, como dice el mismo apóstol en otro lugar, “el que piensa estar

firme, mire no caiga” (1 Corintios 10:12).

Amigo, amiga de La Voz, que nuestros pensamientos sean positivos, que nuestra mente esté poblada de ideas de bien y que, sobre todo, more en ella el bien supremo, Jesucristo, nuestro Salvador.

¿Murió la clemencia?

En más de una oportunidad nos hemos referido a la más hermosa y conmovedora de todas las parábolas contadas por Jesús: es la del Hijo Pródigo. En esta ocasión volveremos a ella para meditar acerca del hijo mayor, del que quedó en casa con el padre, cuando el otro se alejó del hogar. Con frecuencia lo dejamos en un segundo plano, sin embargo, si el más joven representa una experiencia de la humanidad, el mayor representa otra, y merece toda nuestra consideración.

Recordemos en líneas generales el contenido de la parábola del capítulo 15 del Evangelio según San Lucas. Un padre tenía dos hijos. El menor, muchacho inquieto y deslumbrado por el deseo de vivir una vida distinta a la del tranquilo hogar de su padre, reclamó su herencia, prometiendo hacer fortuna en otro lugar. El padre, que comprendió a fondo el proceso que se realizaba en el corazón de su hijo, que vio que de no complacerlo jamás sería feliz y que la amargura llenaría su corazón toda la vida, le concedió lo que le pedía.

El muchacho salió, rebosante de ilusiones, y con la bolsa llena. Al principio todo fue bien, pero con el correr de los días su dinero empezó a mermar, hasta desaparecer del todo. Con él desaparecieron también los llamados “amigos”, y se vio de pronto en una situación difícil, sin dinero y sin trabajo. La parábola da cuenta de las vicisitudes y penurias por las que tuvo que atravesar, sin excluir la del hambre.

Por fin, volvió en sí y comprendió su insensatez. Encontró el camino del buen sentido y de la humildad y decidió retornar al hogar paterno, sin pretensiones de ninguna clase. Confiaba en que allí le permitirían estar, aunque fuera en calidad de jornalero, porque por su conducta no aspiraba a otra cosa.

Después de largos días de camino, llegó a su hogar y fue recibido por su padre con los brazos abiertos. Este lo había esperado con ansiedad día tras día, y hora tras hora. De manera que cuando volvió lo recibió, no como a un jornalero, sino como a un hijo que regresaba, como a un muerto que había resucitado. Y en su alegría dispuso que se hiciera fiesta para recibir al pródigo.

En este relato, el hijo pródigo es un símbolo del pecador que se aleja de Dios, pero que al

reconocer lo insensato de su conducta, al sentirse huérfano de amor y de paz, vuelve a Dios, representado en esta parábola por la figura del padre amoroso que da al que vuelve la más cordial y cariñosa bienvenida.

Volviendo a la parábola, cuando el hijo mayor que estaba trabajando en el campo regresó a su casa, al acercarse se sorprendió ante el inusitado ruido y algazara ya que, desde que se alejara su hermano, la casa había estado muy triste. Llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba. Enterado del regreso del joven y de la actitud de su padre, en lugar de experimentar la natural alegría que debió producir en él la noticia del retorno del hermano, se enojó, y se negó a entrar en la casa.

Su padre, que lo supo, salió inmediatamente y le rogó que entrara y se alegrara con los demás. Pero, como dice San Lucas: “Mas él respondiendo, dijo al padre: He aquí tantos años que te sirvo, no habiendo traspasado jamás tu mandamiento, y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos; mas cuando vino éste tu hijo, que ha consumido tu hacienda con ramerías, has matado para él el becerro grueso” (S. Lucas 15:29, 30).

¡Cuán dolorosas fueron estas palabras para el

anciano padre, y cuán injustas! Entonces le contestó:”... Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era menester hacer fiesta y holgamos, porque este tu hermano muerto era, y ha revivido, habíase perdido, y es hallado” (S. Lucas 15:31, 32).

¿Qué le pasaba al hijo mayor? ¿No amaba a su hermano o es que el padre estaba obrando mal? El anciano en ningún momento justificó el proceder del hijo menor. Más bien, lo condenó al establecer que había estado perdido, pero había vuelto, había resucitado, había aprendido la lección y era tiempo de tenderle la mano generosa y de abrirle el corazón lleno de amor, para facilitarle la rehabilitación.

El problema del hijo mayor tal vez era doble. En primer lugar, durante la ausencia del menor, todas las cosas habían quedado en sus manos y había ido adquiriendo mayor autoridad a medida que el anciano envejecía. Al volver su hermano temió que tuviera que dividir esa autoridad con él, y no estaba dispuesto a hacerlo. Lo segundo es que tampoco estaba dispuesto a perdonar. Se creía superior a su mal hermano. Es verdad que

él había permanecido en el hogar y no había dilapidado ni un céntimo, pero su corazón era duro como una piedra. No podía perdonar. No quería ceder espacio a su hermano.

Era un mal proceder, ¿no lo crees tú así también? Y, sin embargo, ¡cuántas veces nosotros obramos de la misma manera! ¡Cuántas veces somos duros e inclementes para con alguno de los miembros de nuestra familia, de nuestros amigos o conocidos, que tuvieron la debilidad de salirse del camino recto! ¡Cuán pocas veces estamos dispuestos a facilitarles el retorno y la rehabilitación!

Amigo, amiga de La Voz, demos paso a la clemencia en nuestro corazón; demos paso a la generosidad y al perdón.

¿Cuán pronto volverá Jesús?

El Señor y sus discípulos se encontraban en el Monte de los olivos, contemplando la ciudad de Jerusalén y admirando la hermosura de su templo. Los discípulos, para ver cómo reaccionaba Jesús, llamaron su atención a su belleza. Era hermoso, sin duda. Y “respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (S. Mateo 24:2).

De esta manera el Señor profetizó la destrucción del templo de Jerusalén. La profecía se cumplió en el año 70 de nuestra era, cuando las tropas romanas al mando de Tito destruyeron la ciudad y especialmente el templo. Y en efecto, no quedó piedra sobre piedra.

Para los discípulos eso equivalía al fin del mundo. Por eso preguntaron: “¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?” (vers. 3). Y el Señor les dio una serie de señales que les ayudarían a ellos, y a nosotros también, a darnos cuenta de la cercanía de su venida.

Con respecto al mundo natural les dijo: “Habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes lugares”.

Hablemos primero de las pestes. Siempre las hubo, es verdad. Durante la Edad Media la viruela y la peste bubónica hicieron verdaderos estragos, pero no tenemos información de lo ocurrido al respecto fuera de Europa. Las pestes de hoy, las que cumplen la profecía y son evidentes señales de la venida de Jesús, son de carácter universal: el cáncer y el SIDA, por ejemplo.

Es notable verificar que cuando la humanidad logra derrotar ciertas pandemias --como las de la Edad Media-- casi inmediatamente aparecen otras enfermedades, desconocidas antes, con una virulencia intensificada.

El Señor dijo también que habría “hambre”. Vivimos en una época donde existen países inmensamente ricos, en los que sobra de todo, hasta la comida, y otros donde el hambre es virtualmente una forma, no de vida, sino de supervivencia. Hay en el mundo actualmente medio millón de semejantes nuestros que dentro de un año, a esta misma fecha, habrán fallecido a consecuencia del hambre. Pero esto también, como paradoja, nos anuncia la

cercanía del regreso de Jesús.

Cristo añadió que habría “terremotos”. Según una estadística que compilamos hace algún tiempo, en el siglo primero de nuestra era hubo 15 terremotos importantes. En el siglo XVI, 253. En el siglo XVIII, 640. En el siglo XIX, 2.119. Los del siglo XX superan esa cifra ciertamente. Y el siglo XXI no se perilla mucho mejor. Cada temblor, cada terremoto es el cumplimiento de la profecía del Maestro, y nos anuncia la proximidad de su venida.

A esto podríamos añadir los maremotos, las inundaciones, los ciclones y una cantidad de calamidades más, que sin duda han aumentado en intensidad y extensión en los últimos años de esta época que precede a la venida del Señor.

En lo político el Señor pronosticó: “Y oiréis de guerras y rumores de guerras. . . Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino” (vers. 6 y 7).

Alguien podría decir, y con razón, que siempre hubo guerras. Pero si somos un poco más observadores veremos que el Señor está hablando aquí de guerras mundiales. Las guerras con esta característica comenzaron con la era napoleónica. De allí en adelante empezó lo de “nación contra nación y

reino contra reino”. Las guerras de antes eran locales y de difusión restringida. Las guerras de ahora abarcan naciones enteras. De ese carácter fueron la Primera y la Segunda Guerra Mundial, con sus millones de muertos, su destrucción indiscriminada y su intenso y generalizado dolor. Pero mientras todo esto sucede, y nos aflige por cierto, nos consolamos pensando que pronto terminará, pues vendrá el Príncipe de Paz a ponerle fin y a inaugurar su reino de paz y amor.

La señal decisiva la encontramos en San Mateo 24:14, donde el Señor nos dice: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”.

Para eso existe el programa La Voz de la Esperanza. En las tres Américas y en partes de Europa, tenemos el privilegio de compartir las buenas nuevas del evangelio eterno de Jesucristo, por más de mil emisoras. Sí, su evangelio está siendo predicado en todo el mundo.

El Señor viene pronto. Lo anuncia la situación política, económica, social, moral y religiosa del mundo, además de las plagas, el hambre, los terremotos y otros fenómenos naturales. Lo que nos toca hacer ahora

es estar preparados para ese portentoso evento.

Amigo, amiga de La Voz. Jesús no viene sólo por el mundo. Viene también a buscarte a ti, según su promesa. Está registrada en San Juan 14:1-3, y dice: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay. De otra manera os lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis”.

Una transformación indispensable.

El capítulo 18 del Evangelio según San Mateo comienza dándonos cuenta de un hecho sumamente interesante. Dice que “en aquel tiempo se llegaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (S. Mateo 18:1-3).

Aparte de cualquier otra consideración que pudiera hacerse en torno a estas palabras, surge el hecho de que para llegar al reino de los cielos, es menester que en el ser humano se produzca un cambio, una transformación, sin la cual, para él no habrá cielo. Dijo el Señor que el hombre debe volverse como un niño. Para que ese cambio resultara claro para todos, el Maestro agregó: “Así que, cualquiera que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos” (S. Mateo 18:4).

Hemos de ser humildes y sencillos como lo es un niño. No debe haber en nosotros las complejidades, más aún, las tortuosidades que hacen de nuestro corazón un serio problema para nosotros mismos. Debemos ser, como decía

el poeta J. C. Dávalos, “De hechura simple, como el pan”.

Pero, para que del carácter del hombre desaparezcan todas las complicaciones y los defectos, que no sólo lo afean sino que también hacen la vida propia y la de los demás amarga y difícil, debemos atacar el mal en su misma raíz, es decir, debemos, por la gracia de Dios, eliminar lo que responde en nosotros al nombre de pecado. Y en el término “pecado” se incluyen todos los delitos que el ser humano comete. Desde la aparente inocencia de una leve mentira blanca, hasta el más horrendo de los sacrilegios, todo está incluido en el término “pecado”. Pero debemos volvernos como niños, es decir, debe desaparecer del corazón y del alma todo lo que los empañe y los degrada.

Sin embargo, este cambio no podremos hacerlo por nosotros mismos. No hay en nosotros poder y capacidad alguna que nos permita llegar a esa transformación indispensable, de tal modo que seamos aceptables para Dios. Recordemos las palabras del profeta Jeremías, que dicen: “¿Mudará el... leopardo sus manchas? Así también podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal” (Jeremías 13:23). ¡No! Ni tú ni yo, ni nadie, podemos cambiar

las manchas del corazón, así como el leopardo no puede cambiar las de su piel. La transformación que necesitamos para llegar al reino de los cielos puede hacerla únicamente Dios. El Señor Jesucristo se refirió a ella al hablarle a Nicodemo así: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios” (S. Juan 3:3).

Hay que nacer de nuevo. Hay que dejar la vida pasada, hay que permitirle al Señor Jesucristo realizar en nuestro corazón la obra necesaria para nuestra transformación. A veces esa obra es dolorosa. Como el artista que hiere el mármol con su cincel para producir la estatua que admirará la posteridad, así el Señor debe aplicar el cincel divino a nuestro corazón para que, no una estatua, sino nosotros mismos podamos perpetuarnos a través de la eternidad.

Para que Dios pueda realizar la limpieza de nuestro corazón, para que pueda tornarnos niños, para que pueda borrar nuestro pecado, debemos, por nuestra parte, reconocer lo que somos, reconocer que no hay en nosotros bien alguno, ni poder de ninguna clase, que

somos como la hoja del árbol que tiembla ante el paso del viento y que, a menos que nos alcance la savia divina, un día, mustios y amarillos, seremos llevados por el torbellino, o simplemente caeremos a tierra para hundirnos en la nada total. Amigo, amiga de La Voz, reconozcamos que necesitamos a Jesús. Decía el poeta Claudio Gutiérrez Marín: Cuando tú te des cuenta que eres polvo y el polvo marcha donde quiere el viento; Cuando aprendas a ver, tal como el[rostro se mira en el espejo, que no es tu corazón sino un gran pozo de dudas y de malos pensamientos y es tu cerebro loco quien se esfuerza en correr tras un [Ensueño; cuando al saber el fin de tantos otros desgraciados, tú sientas pena y miedo pensando que en la vida, poco a poco, como en las olas Pedro, te has de hundir si prosigues yendo solo y a tu capricho; cuando sientas esto nunca alzarás el [rostro, sino que de tus ojos, ojos antes ciegos, fluirá el maravilloso llanto divino de arrepentimiento. Acuérdate de Dios. Busca su apoyo, desconfía de todos tus esfuerzos. ¡Conócete a ti mismo!... Todo es [polvo, y el polvo marcha donde quiere el viento. Tú puedes ser feliz, porque el tesoro de la felicidad viene del cielo.

La vida que vale

Alguien ha dicho que “la vida, en sus peores momentos nunca es tan mala que sea imposible vivirla; y en sus mejores momentos, nunca es tan buena que sea fácil de vivir”.

Lo importante es encontrarle a la vida un verdadero sentido. Es saber cómo se debe vivir. Para lograrlo es necesario analizar los propios actos, las propias debilidades, y también los puntos fuertes del propio carácter. Al hacerlo, al analizarnos a nosotros mismos, encontraremos que el hecho más importante para vivir como se debe vivir, es estar en armonía con Dios.

En otra ocasión nos hemos referido precisamente a este punto, al hablar de la transformación que indispensablemente debe sufrir quienquiera que desee llegar a la verdadera felicidad en este mundo y a la vida eterna en el más allá.

Lo primero consistía en reconocer que para que nuestro carácter se mantenga dentro de los principios del bien y de la rectitud, es menester que Dios esté en nosotros.

Dijimos también que a Dios se llega mediante la confesión que le hacemos a él mismo de nuestros pecados, a fin de que lo que impide la relación normal entre nosotros y el

cielo sea eliminado. De esa forma se cumple el proceso de la transformación del carácter. Y el “viejo hombre” (Romanos 6:6), como lo llama el apóstol Pablo, desaparece de nosotros para permitir que se manifieste en nuestras obras, en nuestras palabras, en nuestros actos todos, la vida fragante y vigorosa de Cristo Jesús, nuestro Salvador.

Vivamos de verdad, extraigamos de cada día que nos es dado, la mayor cantidad de bien posible. Y recordemos que aun cuando con frecuencia en nuestro camino encontremos sombras, aún así el triunfo puede ser nuestro, porque cuando la senda esté oscura, el Señor estará a nuestro lado

Debemos descubrir cuál es la vida que vale y luego vivirla sin vacilaciones. El apóstol Pablo nos da un consejo que, si lo seguimos, nos producirá muchísimo bien: “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2).

Hagámoslo. Apuntemos alto, pongamos los ojos en el “autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). Al hacerlo, adquiriremos una fortaleza y una felicidad que no podrán

darnos jamás ni los hombres ni nada de lo material y humano.

Confiemos en Dios y nuestra vida se llenará de colorido y de fragancia. Dijo el salmista: “Resignadamente esperé a Jehová, e inclinó- se a mí, y oyó mi clamor. E hízome sacar de un lago de miseria, del lodo cenagoso; y puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca canción nueva, alabanza a nuestro Dios” (Salmos 40:1-3).

Una “canción nueva”. Eso es precisamente lo que necesitamos, una canción nueva. La canción del heroísmo, la canción de la confianza en Dios, la canción de la fe en Cristo Jesús Señor nuestro.

Pero hay más todavía. Quien desee encontrarle a la vida su verdadero sentido, quien desee vivirla en toda su intensidad y aspirar toda su fragancia, debe aprender a considerar con simpatía y hasta con amor las necesidades y miserias de los demás. Y debe estar dispuesto a hacer de su parte cuanto pueda por aliviarlas.

Al referirse a las diferentes virtudes y dones que los hombres pueden recibir, el apóstol Pablo menciona entre otros, el “don de ayuda” (1 Corintios 12:28). ¿Has experimentado tú la felicidad que proviene del

acto de ayudar a los demás? ¡Cuán honda es esa satisfacción y cuánta es la tranquilidad de conciencia que proporciona!

Y cuando hablamos de ayuda empleamos este término en el sentido más amplio y más profundo. Es decir, no consideramos que nadie está ayudando a su prójimo cuando trata de quitárselo de encima con un mendrugo de pan literal o figurado. La ayuda que prestemos a quienquiera que la necesite, debe nacer de nuestra comprensión y de nuestra profunda simpatía hacia sus dificultades, sean de orden material, intelectual o espiritual.

El apóstol Pablo aclara que aun si repartiésemos todos nuestros bienes para darlos a quienes los necesiten, si lo hacemos sin el espíritu de la caridad, que es el amor, de nada nos vale. ¡Cuántas personas descontentas, amargadas, y saturadas del hastío de la vida, se normalizarían si pensaran en los demás, si se dedicaran a prestar ayuda adecuada a quienes la necesitan! Hagámoslo nosotros y sentiremos que la vida adquiere contornos insospechados.

Amigo, amiga de La Voz, la vida que vale es aquella en la que no aparece el egoísmo. Es la que contiene la presencia inmaculada del Todopoderoso. Es la que

se da generosamente en bien de los demás. Se ha dicho que se puede dar sin amar, pero que no se puede amar sin dar. Quienes experimentan el sublime sentimiento de la generosidad, auténtica y cristiana, quienes han aprendido a depender de Dios, saben de la alegría de la vida, saben extraerle a ¡as horas y a los minutos cuánto tienen de positivo y de hermoso.

Cargas Inútiles

Leíamos, no hace mucho tiempo, el caso de un hombre que fue arrestado por provocar un escándalo en la vía pública. Al ser registrado, la policía halló en sus bolsillos tres relojes viejos que no funcionaban, un silbato roto, un encendedor automático descompuesto, un permiso para conducir automóviles ya cancelado y perteneciente a otra persona, un par de guantes llenos de agujeros, 19 pedazos de lápices y otras cosas tan inútiles como las anteriores.

Al comentar este caso, alguien dijo: “Con un buen baño, un corte de cabello, una afeitada y una buena limpieza de sus bolsillos, que consiste en arrojar al canasto de la basura todo lo inútil, ese hombre puede empezar a vivir de nuevo”. Es posible que haya mucho de verdad en esta reflexión que nos conduce a un hecho sumamente importante y que guarda mucha similitud con el caso que acabamos de mencionar. Ocurre que también nosotros vamos a veces por la vida juntando cosas inútiles y almacenándolas desordenadamente en nuestro corazón. Como el hombre mencionado, recogemos del suelo de la vida una serie de cosas que no solamente carecen de valor, sino que a veces son decididamente malas y

dañan la salud de nuestro espíritu, de nuestra conciencia y de nuestra tranquilidad.

Siendo tal la situación, resulta sumamente conveniente que de vez en cuando hagamos un inventario de lo que hemos ido recogiendo durante los últimos días, las semanas o los meses, para ver si entre ello no hay algunas cosas de las cuales debiéramos desprendernos lo antes posible. Sobrada razón tenía el sabio Salomón para decir: “Sobre toda cosa guardada guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23).

Protejamos, pues, nuestro corazón contra todo aquello que pueda dañarlo. A veces se trata de mala información que vamos recogiendo aquí o allá, sin seleccionar debidamente las fuentes en las cuales debemos buscarla. A menudo recargamos nuestra vida de prejuicios contra los que nos rodean, y hasta contra nuestra propia familia. Tenemos prejuicios contra aquellos con quienes trabajamos y contra algunas verdades que debiéramos albergar en nuestro corazón. Muchos hay, por ejemplo, que experimentan prejuicios ¡hasta contra las enseñanzas del Sagrado Libro de Dios, cuando precisamente en este Libro está la suma de la sabiduría y la única

posibilidad que tienen de encontrar salvación y paz!

Otra de las cosas que a veces alojamos en nuestro corazón, y que con frecuencia mimamos con una solicitud verdaderamente exagerada, son nuestras penas, nuestras tristezas. En lugar de alejarlas de nosotros, por lo que deprimen, por lo que incapacitan para la lucha y para la vida, parecemos gozar de ellas con una fruición verdaderamente morbosa.

Cuando se produce una herida en nuestro cuerpo, lo primero que se busca es que deje de sangrar y que cicatrice. En cambio, con algunas de nuestras heridas morales, pareceríamos complacernos en mantenerlas vivas y sangrantes. Y, naturalmente, el único resultado de una actitud tal es recoger algunas otras cosas inútiles que vienen a sumarse a las anteriores, como por ejemplo, el rencor y el odio.

A veces se produce una pequeña desavenencia entre dos personas, dos amigos, por ejemplo, o dos familiares. Se trata de algo que, mantenido en sus proporciones naturales tendría poca importancia, pero que nuestra excesiva

susceptibilidad, nuestro orgullo o nuestro amor propio, le da proporciones exageradas hasta hacernos sentir una profunda separación entre el amigo o el familiar y nosotros. Luego, una palabra trae la otra, una actitud provoca otra similar, y así van las cosas, hasta que el rencor, y a veces el odio, es el sentimiento, el pernicioso sentimiento, que abulta más dentro de nuestro corazón.

¡Cuántos hay que llevados por ese mal sentimiento, si pudieran, harían lo que los egipcios hacían en el tiempo de los faraones! Entonces solían usarse sandalias hechas de hojas de palmeras o papiro. Algunas de ellas tenían forros de paño, y en la suela llevaban el retrato de un enemigo. De ese modo, en forma que ellos creían simbólica, humillaban a sus odiados adversarios. Y lo triste es que aún en este siglo XXI en que vivimos, muchos volverían, si pudieran, a esa práctica absurda.

Es menester librarnos de este estorbo que es uno de los que más lastiman la vida y que más tranquilidad nos quitan.

Hay, afortunadamente, una forma de hacer la limpieza de nuestro corazón, esto es, ir con valor y franqueza a la persona hacia la cual sentimos animosidad y pedirle perdón, si es necesario pedirlo, o concederlo, según sea el

caso. O como lo dice el apóstol Santiago: “Confesaos vuestras faltas unos a otros” (Santiago 5:16).

¡Amigo, amiga de La Voz, seamos valientes! ¡Seamos humildes!, y, hagámoslo hoy.

El noticiero y Dios

Pocas veces son agradables las noticias que cada tarde se presentan por televisión. Se nos muestran horrores, uno tras otro, con espacio de unos pocos días entre ellos, como si una mente maestra los estuviera planeando para lograr el máximo efecto de terror.

Una noche aparece en la pantalla un terremoto devastador, y nos imaginamos atrapados bajo los escombros. Pocos días después vemos la noticia de un avión que se estrelló, y nos identificamos con los deudos de los que perecieron. Pronto les llega el turno a escenas de patrullas de rescate extrayendo víctimas de entre los retorcidos hierros y astillas de un choque ferroviario, a un tornado devastador, a una tormenta, a un incendio, o a otro asesino múltiple enloquecido, que acaba de rociar una sala de clases con las balas de su rifle semiautomático. Algunas personas dicen que estas tragedias no suceden hoy con mayor frecuencia que en lo pasado; sino que en nuestros días los medios de comunicación se refieren a ellas con mayor frecuencia que antes. La mayoría de

nosotros no nos dejamos convencer ni consolar. Entre una y otra gran calamidad, se oyen los ecos de sequías, inundaciones, el SIDA, la escasez de ozono, el crimen y la persistente presencia de los sin casa. En años recientes considerados “de paz”, la guerra entre Irán e Irak, el conflicto de Afganistán y la Guerra del Golfo causaron entre todos, más de un millón de muertos. Entretanto, y por todo el mundo, los ricos se enriquecen más, y los pobres se siguen empobreciendo. ¿Cuánto más puede durar esta situación sin que llegue el momento en que los adinerados se hallen atrincherados en mansiones que más parecen fortalezas, con ametralladoras en todas las ventanas, para mantener alejada a la multitud de indigentes desesperados? Es claro que hemos llegado a la época que Jesús describió al decir: “Los hombres desfallecerán por el temor y la ansiedad de lo que vendrá sobre la tierra” (S. Lucas 21:26 NRV). Innumerables voces --tanto en el ambiente secular como el religioso-- nos advierten de cuán desanimador es el panorama del futuro. Un régimen de malas noticias no puede menos que resultar deprimente, pero en esta ocasión

quisiera destacar algo distinto. Es posible que de las malas noticias se obtenga algo bueno, y eso es lo que haremos. Hay un aspecto de este panorama que no se ha visto con claridad, y es la actitud que Dios adopta ante las noticias.

¿Mira Dios las noticias? ¿Cómo puede Dios ser indiferente a tanto sufrimiento humano que cada noche se proyecta en las pantallas de nuestros televisores? ¿Será posible que nos imite a nosotros, que miramos las noticias comiendo cacahuates tostados, fríamente, sin dar señales de haber sido afectados por ellas? Si él tiene “todo el poder”, ¿por qué permite tales cosas? ¿Es que no tiene sentimientos? Queremos creer en él, pero nos preguntamos por qué no hace algo.

Es fácil para nosotros suponer que Dios se mantiene aparte de nuestro mundo y de sus sufrimientos, aislado en perfecta seguridad, inmortal, gozando de eterna felicidad. Según nuestros conceptos humanos, lo imaginamos como un millonario de los que viven en Beverly Hills, que no necesita preocuparse por los mendigos sin hogar de Calcuta. Y si Dios es el seguidor más fiel de sí mismo, ¿por qué no habríamos nosotros de ser iguales? Si Dios es tan

egoísta como nosotros, ¿por qué habría de extrañarnos que el “yo primero” se haya convertido en una filosofía tan popular?

La Biblia, sin embargo, revela un aspecto conmovedor de la personalidad de Dios, que a menudo pasamos por alto. La verdad es que Dios sufre profundamente; se preocupa por nosotros, padece con nosotros y anhela nuestro bien. Tan personales son para él los padecimientos de este planeta, que no tendrá reposo mientras quede en él un solo sufriente.

Uno de los propósitos de Cristo al venir a este mundo era revelar la verdad acerca del carácter del Padre. Jesús dice que Dios ama a su familia terrenal más de lo que un padre humano puede amar a sus hijos. El tropiezo no es falta de amor de parte de Dios, sino nuestra incredulidad. Nos cuesta creer que las Buenas Nuevas sean tan buenas.

“¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ninguno de ellos cae a tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. Aun vuestros cabellos están todos contados” (5. Mateo 10:29, 30). Por su parte, Isaías, refiriéndose a los que

sufren, dice: “En toda angustia de ellos, él [Dios] fue angustiado, y el ángel de su presencia los salvó. En su amor y en su clemencia los levantó y los llevó todos los días del siglo” (Isaías 63:9).

Amigo, amiga de La Voz, no hay dolor que podamos sufrir, que Dios no sienta. “El llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores... Fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su haga fuimos sanados” (Isaías 53:4, 5).

Ante la crítica

Ante la pregunta del Creador, registrada en Génesis 3:11, ‘¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?’, el hombre respondió: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí” (vers. 12, 13).

¿No es esta una actitud curiosa? Tanto Adán como Eva sabían de sobra que habían desobedecido a Dios. Ninguno de los dos ignoraba que habían transgredido el expreso mandato de Dios al comer del fruto de aquel árbol del huerto, pero la primera reacción de Adán fue rechazar su culpa y buscar un atenuante, inculpando a Eva. A su vez, ésta no vaciló tampoco en negar su culpabilidad al hacer responsable a la serpiente. Claro está que los endebles argumentos de ambos no fueron aceptados por el Creador, y tuvieron que pagar su culpa.

Desde entonces, esa ha sido la historia de la humanidad, con muy pocas variantes. Los seres humanos han seguido condenándose los unos a los otros. Han continuado criticándose mutuamente sin piedad alguna. Lo cierto es que, en el fondo

de toda crítica o de todo juicio adverso a los demás, hallaremos siempre el no confesado motivo de alejar de nosotros la mirada escrutadora que descubriría nuestra culpa.

Al distraer la atención de los demás hacia las faltas de alguno de nuestros prójimos, por lo general tratamos de ocultar nuestros propios defectos, haciendo resaltar los ajenos. Y a veces no hace falta que los acusados tengan los defectos que les asignamos. Si no los tienen, se los atribuimos nosotros. Y detrás de esa cortina de humo, falaz y peligrosísima, tratamos de esconder nuestros propios defectos. Damos rienda suelta a nuestro afán de parecer mejores que los demás. Así es como procuramos crecer, no por crecimiento propio y natural, sino por la disminución de los demás, de cuya disminución, nos encargamos nosotros.

Dijo el Salvador: “Mas yo os digo, que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (S. Mateo 12:26, 27). ¡Cuántas veces hablamos sin

medir lo que decimos y sin calcular el mal que nuestras palabras pueden hacer! ¡Cuán a menudo nos importa muy poco la herida que nuestras palabras pueden producir! El hacha clavada en el tronco puede retirarse de allí, pero no puede evitarse la cicatriz que indefectiblemente dejará. Parecería como si la crítica tuviera atracción de abismo para tantas personas que se deleitan en el placer morboso que les proporciona.

A veces se critica no sólo por hábito, vergonzoso hábito, sino simplemente por ligereza. Dejamos que en nosotros se levante algún prejuicio contra alguien, por comentarios que hemos oído acerca de ciertas personas. No las conocemos, pero nos dejamos llevar por lo que otros dicen de ellas, hasta el punto de que nos resultan antipáticas. Es un error. A menudo, cuando conocemos de cerca a esas personas, terminamos por apreciarlas sinceramente.

A veces, la crítica se origina en ciertas apariencias que crean en nosotros sospechas hacia otros. Y sin más base que esas sospechas, se produce la crítica. Cuánta verdad hay en las siguientes palabras:

“Las sospechas son entre los pensamientos, lo que los murciélagos entre los pájaros: sólo vuelan durante el crepúsculo”.

Las sospechas no pueden exhibirse a la luz del sol, sin que se desvanezcan. Así la crítica, ante el sol de la verdad, se muestra tal cual es: un arma despreciable.

Alejemos de nosotros la crítica. No seamos como esas personas de quienes habla el sabio Salomón cuando dice: “Hay quienes hablan como dando estocadas de espada: mas la lengua de los sabios es medicina” (Proverbios 12:18).

Que nuestras palabras sean verdadera medicina. Hablemos sólo palabras amables. Hagamos bien con lo que decimos. Veamos lo bueno que hay en los demás. Y si alguna vez es menester señalar un defecto, que nuestra crítica sea constructiva. Seamos guiados por la más sana intención. Si es menester, vayamos a la persona interesada, únicamente a ella, y señálemosle su defecto. Pero hagámoslo con amor y simpatía, y con un sincero deseo de ayudarle a librarse de él.

Y ahora está el otro lado de este asunto. Si somos objeto de la crítica, no le prestemos atención, siempre que carezca de fundamento. Si es verdad lo que se dice de nosotros, entonces, bienvenida sea porque nos señala el defecto y nos induce a corregirlo. Más bien, lo que debiera preocuparnos sería que no se nos criticase, pues, los

criticados no hablan sino de las personas que realmente tienen algún mérito.

Amigo, amiga de La Voz, que el Señor nos ayude a hablar como debemos. A no hacer daño con nuestras palabras, como no lo hizo Jesús, como no lo hace quien verdaderamente es cristiano.

La crisis de la verdad

Estamos en plena crisis de la verdad. Es lamentable tener que aceptar este hecho, pero debemos rendirnos a la evidencia. El error, la mentira, como hierbas de mal, brotan por todo lugar y todo lo invaden: la vida privada, la pública y la internacional. La figura empleada hace muchos años por el profeta Isaías es exacta y se adapta con precisión a este tiempo nuestro. La expresó con estas palabras: “La verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir” (Isaías 59:14). “La verdad tropezó en la plaza”; ha caído en tierra y no ha podido levantarse.

Dejemos a un lado el terreno internacional y público, donde, fuerza es reconocerlo, con demasiada frecuencia se practica el engaño en gran escala, y vayamos a lo personal. Después de todo, lo personal tiene más importancia para nosotros, puesto que se acerca más a nuestra necesidad.

Preguntemonos, pues: ¿Predomina la verdad en nuestras palabras, en nuestros pensamientos y en nuestros actos? ¿La buscamos por encima de todo? ¿Queremos conocerla tal como es? ¿O la tememos? ¿Con cuánta frecuencia ocurre esto último! Se rehuye la verdad porque se la teme, porque no nos sentimos con fuerza para encararla.

Pocas veces nos interesa conocer la verdad acerca de nosotros mismos. Pocas veces nos animamos a vernos tal como realmente somos. Preferimos el engaño.

¡Cuán infatuados vivimos a menudo! ¡Cuán ridícula, y hasta grotesca es nuestra opinión acerca de nosotros mismos! Suponemos que nuestras opiniones son las mejores. Nos jactamos de nuestra mayor capacidad física o mental y hasta, cosa increíble, de valer más que los demás en el terreno de la moral y del cristianismo, olvidando que en este terreno lo que vale es la verdadera humildad.

En una palabra, nos suponemos superiores a los demás, y la verdad duele, porque nos despojaría del vano pedestal sobre el que nuestra ignorancia o nuestra presunción nos han subido. Bien podría preguntárenos con las palabras del profeta Jeremías: “¿No miran tus ojos a la verdad?” (Jeremías 5:3).

Amigo, amiga, dejemos a un lado toda clase de pretensiones. Conozcamos la verdad acerca de nosotros mismos. Lo que necesitamos en estos días llenos de engaño y de falsedad es encarar la verdad dentro de nosotros mismos, es ver nuestra vida tal como es, y dejar de vivir a medias.

Dirá alguien: “¿Y qué es eso de vivir a medias?” Llamamos vivir a medias a vivir una mezcla confusa de verdad y de mentira, a ser y no ser; a saber cuál es nuestro deber hacia Dios, hacia nuestros prójimos y hacia nosotros mismos, pero no cumplirlo sino en parte; a ser honrados y sinceros hasta donde nos convenga. Seguir la verdad implicaría sacrificio y renunciamiento, sucumbir en una lamentable claudicación. Entonces, dejamos el terreno de la verdad y nos deslizamos por el del engaño.

Pero debemos buscar la verdad con ahínco, por encima de todas las cosas. Como dijo Jesús: “Conoceréis de la verdad, y la verdad os libertará” (S. Juan 8:32). Así es, la verdad nos libertará. Nos libertará de nuestra esclavitud, de nuestro error, de nuestro pecado. Nos libertará de la serie de complejos que inhiben nuestra vida. Nos libertará del engaño, de la falsedad, de la apariencia. Nos hará justos y rectos. Nos hará misericordiosos hacia los demás. Por supuesto, quien desee conocer la verdad, debe ir a quien dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (S. Juan 14:6).

Jesús es la verdad. Sus más acérrimos enemigos lo vigilaron con el fin de hallar cualquier cosa, aún la más mínima, de que poder acusarlo. Pero jamás pudieron hacerlo. Su conducta y sus palabras siempre se ajustaron a la naturaleza de verdad que había en él. Por eso lo temían, por eso cada vez que abría su boca para hablar, se encogía el ánimo de sus perseguidores y temblaban, porque cada una de las palabras del Señor era para ellos como un golpe de un formidable ariete. Es que la verdad es todopoderosa. Ante ella desaparece todo lo artificioso, todo lo malintencionado.

Busquemos la verdad que hay en Jesús, busquemos a Jesús que es la verdad.

Dice el sabio Salomón: “Compra la verdad y no la vendas” (Proverbios 23:23). Es decir, paga cualquier precio por llegar a ella, sacrifica todo lo que sea necesario sacrificar. Pero una vez que la poseas, cíñete a ella sin que nada pueda alejarla de ti. Cuídala celosamente como a un preciado tesoro. Defiéndela a costa de cualquier sacrificio. Ámala hasta el martirio, si fuere necesario. Pero que esto no te convierta en un intolerante.

Cuando consideres a los demás que no tienen la verdad que tú posees, no los desprecies, no los fustigues, ámalos más, y

no trates de imponer tu verdad a la fuerza, por la violencia, que ese es un mal camino para llegar al corazón y a la conciencia de nadie.

Amigo, amiga de La Voz, que Dios te bendiga para que el Señor Jesucristo, Verdad Suprema, llene tu corazón y tu vida.

Ni ayer, ni mañana: Hoy

Séneca, el gran filósofo griego, decía hace muchos años:

“Empieza a vivir ahora mismo y cuenta cada día como si fuese una vida aparte”.

El éxito en la vida no se logra mañana: Se logra hoy. Decía Henry Ward Beacher: “No te importe lo que vendrá, si puedes saborear hoy tu comida, disfrutar hoy del sol, departir hoy agradablemente con los amigos: goza de todo ello y da gracias a Dios. No suspires por la dicha ida, ni sueñes con la venidera. Sólo de hoy estás seguro: no dejes que te lo arrebatén”.

Pero el problema de dejar el arreglo de nuestra situación para el día de mañana no se aplica única y exclusivamente a los problemas materiales de la vida. Se aplica también a los de carácter espiritual. Y es en este terreno donde el dejar para mañana las cosas que debieran hacerse hoy, adquiere caracteres de verdadera tragedia.

¡Cuántas personas sueñan con la paz del cielo, mientras viven ahora en guerra dentro de sí mismos y en guerra con aquellos que los rodean! Confían en que llegará un día

cuando al vivir en el cielo todos sus problemas desaparecerán y, entre tanto, nada hacen ahora, hoy, porque esos problemas desaparezcan, haciendo así posible la paz en el presente y la posibilidad del cielo que ambicionan.

En la vida todos tenemos frente a nosotros dos caminos, pero no es posible recorrer los dos a la vez. Tenemos que seguir uno u otro. Uno de ellos es el cómodo camino del “mañana lo haré”, del “ya decidiré cuando haya tiempo, o cuando haya arreglado algunas circunstancias que hoy todavía no son claras”. El otro es un camino más estrecho en el que se vive y se lucha. Pero en él el amor no es engaño ni el gozo es dolor.

Hoy, amigo, amiga de La Voz, es el día de romper con el mal. Claro está que eso no es fácil. Sería más cómodo dejarlo para otra oportunidad, para mañana, para algún tiempo venidero cuando las condiciones o circunstancias nos parezcan más favorables.

Pero es menester que lo hagamos ahora, porque abandonar el problema de nuestro acercamiento a Dios puede resultar sumamente peligroso. Por eso debemos decidirnos a hacerlo ahora mismo. Debemos cruzar, si es necesario, nuestro “Rubicán”.

Cuando en el año 49 a.C., Julio César cruzó el río que llevaba ese nombre — posiblemente es el que hoy se llama Fiumicino, y que desemboca en el Adriático, al norte de Rimini--, tomó una decisión que influyó poderosamente en la marcha del Imperio Romano. Crucemos, como decíamos más arriba, nuestro propio “Rubicán”. Hagamos la decisión de romper definitivamente con el mal. Esa decisión, hecha a tiempo, afectará profundamente nuestra vida actual y asegurará nuestras posibilidades eternas.

Es que no se trata simplemente de creer que Dios existe. También el Diablo lo sabe. Se trata de decidimos a vivir de acuerdo con los principios del Señor. Se trata, más aún, de permitirle al Señor vivir en nuestro corazón, para que su vida se reproduzca en nuestros pensamientos, en nuestro corazón y en nuestras obras. ¿Por qué vivir atados a mil prejuicios que nos impiden volar con las alas del espíritu?

Tememos el “qué dirán” y actuamos enjaulados dentro del estrecho límite que nos marcan los prejuicios. Así vamos perdiendo nuestras oportunidades de vivir la vida plena que el Señor Jesucristo quiere que vivamos y que ayudemos a vivir a los demás.

Para llegar a esa situación, lo primero que debemos hacer es librarnos del pecado que haya en nuestra vida; es decidir entre el bien y el mal, entre seguir el camino estrecho o el camino ancho. El Señor nos dice: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal” (Deuteronomio 30:15). Nosotros podemos escoger, y debemos escoger el camino por el cual hemos de seguir. ¿Por cuál te decidirás tú?

Oye lo que dice el Señor: “Y será que, si oyeres diligentemente la voz de Jehová tu Dios, para guardar, para poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te pondrá alto sobre las gentes de la tierra; y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, cuando oyeres la voz de Jehová tu Dios. Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu bestia, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas. Bendito tu canastillo y tus sobras. Bendito serás en tu entrar y bendito en tu salir” (Deuteronomio 28:1-6).

Amigo, amiga de La Voz, la promesa es de

Dios pero la decisión es tuya. Hoy es cuando debes hacerla. Apártate del mal, limpia tu mente de todo lo que enturbie tus pensamientos. Dale a Dios el primer lugar en tu corazón, y todas esas bendiciones serán tuyas.

La vendita Virgen María

Dediquemos en esta Navidad algunas palabras a la que mereció el honor y la distinción de llegar a ser la madre del Redentor de la humanidad. Cuando el ángel se le apareció para anunciarle que había sido elegida por el cielo para que de ella naciera el Señor Jesús, le dijo:

“¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres” (5. Lucas 1:28).

Esta no fue una elección al azar. El Señor la eligió porque en ella había merecimientos para tan extraordinaria distinción. Los había por su carácter, por su pureza, por su vida pía, por su sumisión a la voluntad de Dios. Una madre ama al hijo anunciado desde el momento en que sabe que ha de nacer. Imaginemos, entonces, cuáles serían los sentimientos de la Virgen María hacia el Hijo que llevaba, engendrado por el Espíritu Santo.

¡Qué sublime mezcla de amor y respeto debió haber en ella! ¡Qué enorme sentimiento de responsabilidad! ¡Y nació aquel Hijo! Nació en un establo de Belén, desprovisto de todo bien material. ¡Oh, cómo hubiera querido la madre ofrecerle toda la riqueza, todo el lujo, y toda la comodidad que pudieran hallarse en el mundo! Pero no, nació en un rústico

establo, en una humilde aldea.

La Virgen María fue modelo de madre. ¡Con cuánto amor y con cuánto celo vigiló el crecimiento del Niño! ¡Cuán profunda fue su preocupación por él! Cuando Jesús tenía doce años, ocurrió el incidente narrado en las Sagradas Escrituras, que refiere cómo Jesús se separó de sus padres cuando fueron a Jerusalén con motivo de la fiesta de la Pascua.

Tres días estuvo el Niño perdido. Tres días que fueron tres siglos cargados de angustia para la pobre madre. Cuando, por fin lo hallaron, ¡bien podía decir aquella madre con toda propiedad”... te hemos buscado con dolor!” (5. Lucas 2:48).

Podemos imaginar cómo lacerarían su corazón de madre las calumnias que se lanzaron contra su hijo Jesús. Ella, más que nadie, sabía que era el Hijo de Dios; ella, más que nadie, comprendía la naturaleza divina, cuya obra no trató de estorbar en ningún momento. Y cuando el Señor fue prendido y crucificado, ¡cuánto sufrió su corazón!

Decía María Alicia Domínguez:

Todo en ella es amor estremecido como en la flor purísima y primera

que sobre el campo de la primavera ve en su color el único nacido.

Rosal con el pimpollo de la espera, flor de su sangre que será cortado... Hay en la madre ese temblor sagrado que palpita en la llama de la cera.

Jesús nació de acuerdo con lo predicho por las profecías, en Belén de Judá, como lo anticipara el profeta Miqueas. Nació en un pesebre, precisamente en el tiempo que las profecías de Daniel establecían para su primer advenimiento. Vivió como Hijo de Dios, como Salvador del hombre. Y murió en la cruz del Calvario también de acuerdo con lo establecido por las profecías. Pero no sólo murió, también resucitó. Creamos estas verdades. Hay quienes se resisten a hacerlo porque pretenden entender los misterios de carácter espiritual desde un punto de vista material, olvidando que para entender estas cosas debemos hacerlo, de acuerdo con el consejo del apóstol Pablo, “acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Corintios 2:13).

Que Dios nos ayude a reconocer esta gran verdad y a abrirle nuestro corazón a Jesús de Nazaret, el divino Hijo de Dios. Que Dios nos ayude a honrarlo continuamente con nuestra vida. A sentirlo dentro de nuestro corazón, a fin de

que rija nuestros pensamientos y nuestras obras. Sólo así podremos vivir una vida digna de la esperanza cristiana. Sólo así el cristianismo será una realidad en nosotros. Que la historia de Belén sea una historia eterna en nuestro corazón. Que la actualicemos constantemente dentro de nosotros con la alegría de los pastores, que corrieron cuando los ángeles les anunciaron que había nacido el Salvador. Que digamos con las palabras de Claudio Gutiérrez

Marín:

Belén, ya contemplo su maravillosa estrella andanega ¡OH, flor prodigiosa de una nunca vista luminosidad! La estrella que pudo descender al suelo y de ser reina de luz en el cielo, vino a ser la estrella de la humanidad.

¡Oh historia bendita! ¡Oh Niño divino! Rayo inextinguible de una eterna luz; faro inapreciable para el peregrino

que busca sediento del cielo el camino sobre sí llevando su penosa cruz.

Todo eso me dice la historia sencilla la historia fragante de olor a rosal,

y es como una lámpara que en la tierra brilla con un infinito fulgor celestial.

Por eso yo canto, dice el alma mía; por eso al Eterno vuela mi canción; y conmigo cantan todos los que un día sintieron ¡oh feliz instante! que nacía

Cristo, el Niño amado, en su corazón.

Ante un año nuevo

La transición de un año a otro es puramente convencional. No podría ser de otra manera. Otra cosa distinta sería si al llegar el 31 de diciembre cesaran todos los problemas, quedaran canceladas todas las deudas, anulados todos los compromisos, liquidadas todas las obligaciones, sanadas todas las enfermedades y arreglados todos los problemas internacionales. En una palabra, borrado todo el pasado.

Pero no es eso lo que ocurre. Al marcharse un año le cede al que llega un presente en el que no todo es agradable. Por su parte, el nuevo año también recibe del que se va un enjambre de ilusiones, de deseos, de sueños, que al llegar la nueva etapa reviven y se vigorizan.

Así pues, el año que se va nos deja cicatrices, dolores y esperanzas, pues de estas cosas se compone la vida. Nos deja su herencia de problemas, debilidades, peligros, angustia, dolor y enfermedades del cuerpo y del espíritu.

Pero también nos deja muchas cosas buenas. Nos deja el recuerdo de las alegrías que nos proporcionó, de los éxitos que se alcanzaron, de las luchas que nos fortalecieron. Nos deja la experiencia que, bien empleada, puede

ayudarnos a hacer del nuevo año una etapa mejor que la anterior. Y nos deja, sobre todo, la esperanza que nunca muere, la esperanza que vivirá mientras exista el hombre, que seguirá empujándonos hacia adelante, que proyectará nuestra mirada hacia el futuro y que encenderá en nosotros una nueva antorcha de luz inmarcesible, porque la esperanza proviene de Dios.

Y aquí estamos pisando las fronteras de un nuevo año. Estamos comenzando una nueva etapa. Si todavía quisiéramos volver la mirada hacia atrás para preguntarnos: El año que acaba de irse, ¿fue bueno o fue malo? La respuesta que nos daríamos podría depender de cómo miremos lo que queda atrás. Si pasando por alto los tropiezos, los chascos y hasta los fracasos que pudimos haber sufrido, somos capaces de darle gracias a Dios por cada uno de los días de ese año, y sabemos aprovechar la experiencia que nos dejaron, entonces, bien podríamos decir que, después de todo, fue un año bueno y podríamos exclamar con Salvador Novo, en su poema Soneto:

Gracias, Señor, porque me diste un año en que abrir a tu luz mis ojos ciegos; gracias porque la fragua de tus fuegos templó en acero el corazón de estaño.

Gracias por la ventura y por el daño, por la espina y la flor; porque tus ruegos redujeron mis pasos andariegos a la dulce quietud de tu rebaño.

Porque en mí floreció tu primavera, porque tu otoño maduró mi espiga que el invierno guarece y atempera.

Y porque, entre tus dones, me bendiga -compendio de tu amor- la duradera felicidad de una sonrisa amiga.

Estamos frente a la nueva etapa. Entremos a ella lentamente, sin apresuramientos inútiles, con calma, con serenidad cristiana, tomados de la mano del Todopoderoso.

Oigamos sus palabras, que nos dicen: "Aquí lo tienes, es tuyo. Manéjalo bien. Siéntete arquitecto de cada uno de sus días. Construye en él tu propio edificio. Aprovecha todas sus oportunidades y embellece cada uno de sus días. Si lo haces, mi bendición será contigo". Confiamos en Dios iniciemos la marcha con el corazón lleno de gozo y de alegría. Que sea este el año en que, por fin, sepamos cumplir la voluntad del Todopoderoso. Hoy sigue siendo tan verdad como en los días cuando lo enunció el apóstol Pedro, el hecho de que "es menester obedecer a

Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29).

¡Cuántas veces pasamos por alto los mandamientos de Dios, y los ignoramos consciente o inconscientemente, como si fueran cosa de poco valor o de ninguna importancia! ¡Cuánto mejor es obedecerlos! ¡Cuanto mejor es cumplirlos!

Imitemos la actitud que antaño tuvo Josué. En un momento crucial supo decir: “Si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quien sirváis. . . que yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). Digamos nosotros lo mismo y veremos cómo la riqueza abundante de la bendición del Todopoderoso se derrama sobre nosotros y nos proporciona la más honda de las satisfacciones y el más completo de los éxitos.

Que este año nuestro hogar alcance la más alta felicidad. Que haya en él, usando las palabras del profeta, “fuego de hogar” (Isaías 30:14). Si en el pasado hubo problemas y palabras que casi apagaron ese fuego, soplémoslo desde el mismo principio. Hagamos que arda su llama para que el calor del amor ponga su tibieza grata en los corazones y se produzca una verdadera unidad. Si en el hogar debe pronunciarse la palabra perdón, pronúciesela ahora, al comenzar el año,

y habrá más felicidad entre los esposos y entre los padres y los hijos.

Amigo, amiga de La Voz, si pudiéramos tomar estas cosas en cuenta y empezar el año haciendo un esfuerzo valiente y tesonero, que Dios bendeciría de manera poderosa, veríamos cómo este es el año del nuevo amanecer en nuestra vida. Recorrámoslo con un canto en el corazón, ¡y Dios será con nosotros!